

Personajes del Antiguo Testamento

Héctor Alves, 1896-1978

Parte de una serie publicada mayormente
en los 1970 en la revista *Truth & Tidings*

Contenido

Abishai , el principal entre tres	Itai , fiel seguidor de David
Abraham , el amigo de Dios	Jabes , el bebé de tristeza
Absalón , el príncipe con una mancha	Jacob , el suplantador y príncipe
Adán , el hombre creado por Dios	Joab , capitán de la hueste de Jehová
Asael , un mártir por David	Job , el hombre perfecto y recto
Asaf , el salmista y vidente	José , el hermano separado
Barzilai , premiado por su lealtad	Josué , el ministro hecho líder
Benaía , el hombre formado por Jehová	Lot , un santo mal ubicado
Caleb , el hombre que siguió plenamente	Mefi-boset , un mal comienzo y un buen fin
Elías , el profeta en la presencia de Dios	Melquisedec , el sacerdote de Dios
Enoc , el séptimo hombre	Moisés , el siervo de Dios
Gedeón , hombre fuerte y valiente	Naamán , ¿un hombre convertido?
Isaac , el hijo de promesa	Noé , un heredero de justicia
	Sama , el hombre que se paró solo
	Sunamita , una gran anfitriona

Adán, el hombre creado por Dios

Mucho se ha escrito sobre la creación y caída del hombre, pero poco acerca de Adán mismo. Lo cierto es que Génesis registra poco acerca de su vida, tanto en inocencia como en transgresión. El Nuevo Testamento emplea su nombre nueve veces, la primera y última en genealogías y las demás en el contexto de la caída.

Adán era diferente de todo otro ser humano por haber sido creado por Dios y en la imagen de Dios. Qué fue aquella imagen, no estamos dispuestos a decir, pero sin duda hubo un cambio cuando Adán cayó. En 1 Timoteo 2.14 leemos que no fue engañado, pero la mujer siendo engañada cayó en transgresión. Eva fue seducida, pero su esposo no; él transgredió adrede. Así, "el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron".

La respuesta que dio a Dios revela que sabía haber pecado: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí". Al echarle la culpa a Dios por lo que él mismo había hecho, responsabiliza a su señora, como para dar a entender que no lo hubiera hecho al no estar ella. Entonces las palabras: "yo comí". Es lo que Dios quería. No fue una confesión plena pero sí una confesión, y ahora Dios podía tratar con él. Anunció la pena de muerte.

¿Cuándo murió Adán?

¿Fue al alcanzar la edad madura de los 930 años que menciona Génesis 5.5?

Ciertas fuentes en el Nuevo Testamento dan la respuesta: "Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán", Juan 5.25. "Os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados", Efesios 2.1. "A vosotros, estando muertos en pecados ..., os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados", Colosenses 2.13.

La muerte moral de Adán fue una y su muerte física otra. La primera ocurrió cuando desobedeció al comer del fruto, y la segunda cuando había alcanzado los 930 años. En la parábola del hijo pródigo, así llamado, cuando éste volvió a casa el padre dijo que había estado muerto pero ahora vivía. Aparentemente la muerte de Adán comenzó el día en que Dios pronunció la pena, pero se consumó años después.

¿Adán era salvo?

Sin duda él y Eva son un tipo de Cristo y la Iglesia, y la muerte de Cristo debía acaecer antes de que la Iglesia haya podido ser formada. "Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas ... [e] hizo una mujer". Esto fue antes de la caída.

Como consecuencia de la caída Adán recibió lo que no tenía antes: una conciencia. Ahora se dio cuenta de su desnudez e hizo delantales para tapanla. Leemos su confesión: "Estaba desnudo". Dios proveyó el remedio apropiado, que era a expensas de sangre derramada. Él hizo túnicas de pieles, y los vistió a los dos; Adán no lo hizo y no fue vestido por ejercer fe. Con esto, fue excluido del huerto de Edén, y no sabemos de ningún sacrificio ni otro acto de fe en el resto de su vida para darnos a entender un cambio de actitud ante Dios.

No hay ningún trozo de la Escritura que afirme o insinúe su salvación. Era cabeza de una raza caída y "en Adán todos mueren". En el Nuevo Testamento lo encontramos en contraste con Cristo. El linaje de la fe comienza con Abel; su padre no figura en Hebreos 11. Abel sintió y reconoció su estado pecaminoso, y presentó un sacrificio aceptable que dio testimonio de su justicia, Hebreos 11.4.

No nos agradaría decir que Adán no era salvo, empleando el término en el sentido que tiene en el Nuevo Testamento. Muchos creen que las túnicas de pieles les dieron a los dos una posición de justicia delante de Dios, y es cierto.

Enoc, el séptimo hombre

El 5 es uno de los capítulos más tristes en el libro de Génesis; seis veces leemos "y murió". Enoc es la única excepción.

La vida de Enoc fue la más corta de los antediluvianos, trescientos sesenta y cinco años, y la de su hijo Metusalén la más larga, novecientos sesenta y nueve años. Enoc era el séptimo de Adán y Génesis 2.2 dice que Dios reposó de su labor el séptimo día, pero no leemos de una tarde de ese día. No carece de significado la mención de que Enoc haya sido el séptimo; siete es el número de lo completo y sugiere un ciclo cerrado. El primer hombre murió pero el séptimo fue trasladado. El primer hombre trajo pecado al mundo pero el séptimo tuvo el testimonio de haber agradado a Dios.

Sabemos de su testimonio oral; Judas nos informa que profetizó, diciendo: "He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares ..." No sabemos por qué Dios no divulgó esto en Génesis; quedó oculto por más de 2500 años, y Judas lo comunica de conformidad con su contexto.

"Por la fe Enoc fue transpuesto para no ver muerte, y no fue hallado", Hebreos 11.5. "Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios", Génesis 5.24. Elías subió al cielo en un torbellino de fuego, y en la venida del Señor los santos serán arrebatados.

No está informado cómo Enoc fue traspuesto, pero el hecho de no haber sido encontrado sugiere que fue buscado. Su traslado fue un milagro de parte de Dios; antes no se había presentado algo como esto. Algunos enseñan que Dios le comunicó a Enoc de alguna manera que iba a ser trasladado, y que Enoc esperó por fe que sucediera. No creemos que las palabras "por la fe" tengan este sentido. Más bien, el contexto parece dar a entender que fue debido a su fe que Dios lo tomó. "No fue hallado, porque lo traspuso Dios". Su traslado fue el galardón por vivir para agradar a Dios, y Él lo quitó a una edad menor que la de sus contemporáneos cuando ellos murieron.

No hay nada que nos hace pensar que Enoc esperaba esto. Dios lo honró de una manera especial, así como a Elías, pero con la diferencia que éste sabía que iba a ser separado de Eliseo. Y así con nosotros. El apóstol Pablo nos ha dado la revelación que recibió tocante al traslado de la Iglesia en la venida del Señor, y es nuestra esperanza bienaventurada.

Noé, un heredero de justicia

Aprendemos varias lecciones importantes de la vida y las obras de Noé. Hebreos 11 contiene un versículo por demás llamativo que nos cuenta siete cosas acerca del patriarca:

Fue advertido por Dios

Actuó por fe

Fue movido por temor reverencial

Preparó un arca

Salvó a los suyos

Condenó al mundo

Fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.

Nuestro estudio versará sobre Noé antes, durante y después del diluvio.

Antes del diluvio

En los días de Noé ... comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos, Lucas 17.27. Pedro dice que la paciencia de Dios esperaba en ese tiempo de inmoralidad y corrupción. En medio de todo esto Noé halló gracia. Era "varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé". Era predicador de justicia.

No se nos informa por cuánto tiempo predicó este hombre, ni cuánto tiempo ocupó en la construcción del arca. Es común oír que la construcción se prolongó por 120 años y que Noé predicaba acerca del venidero diluvio en ese lapso. Pero sus hijos ya eran casados cuando Dios le habló del evento, 6.18, y el 5.32 establece que "siendo Noé de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet". Según el 11.10, dos años después del diluvio Sem era de 100 años. Se ve, entonces, que el arca fue construida en algún lapso de un poco más de cien años entre esas fechas.



Los 120 años mencionados en el 6.3 posiblemente están referidos a que la longevidad iba a ser reducida drásticamente, o a que se concedería un hiato antes de venir el juicio del diluvio. Pedro tenía ese período en mente al escribir que algunos eran desobedientes mientras tardaba el juicio divino. Los contemporáneos de Noé no podían comprender que sobrevenía un diluvio; nunca habían visto una lluvia. Pero Noé no se dejó ser vencido; él

continuó con la construcción, confiado en tan sólo la palabra de Dios.

La orden fue, "Entra tú y toda tu casa en el arca", y Noé entró en gran fe. Veía un cielo despejado de nubes y no sabía qué era lluvia ni neblina, y mucho menos agua suficiente como para hacer flotar ese gran edificio. Posiblemente fue objeto de burla, pero no está registrado.

Pero, "vino el diluvio y los destruyó a todos". Leemos cuatro veces que las aguas prevalecieron; dentro de poco pereció toda la humanidad.

Durante el diluvio

Entonces hubo la espera larga, la vigilia. No tenemos que entrar en detalle acerca de los meses que la familia pasó en el arca. "Jehová cerró la puerta", así que todo estaba bien. Vemos el premio de la fe de Noé cuando salieron, y sin duda las ocho personas se alegraron por haber sido "salvadas por agua", 1 Pedro 3.20.

Después del diluvio

"Sal del arca" fue la orden, y Noé salió. Leemos en seguida que edificó un altar a Jehová. La fe de este hombre pasó, por decirlo así, del arca a Dios mismo. Él había sido instruido a construir el arca pero levantó el altar voluntariamente, y de una vez ofreció holocaustos al Señor. Puede ser que Abel haya hecho un altar para ofrecer sobre él sus ofrendas al Señor, pero el de Noé es el primero mencionado en las Escrituras. El hombre que hizo el arca para la salvación de su casa podía hacer un altar de holocausto del cual Jehová percibió olor grato. Cuán bueno es, cuando Dios haya salvado a nuestra familia, poder ofrecerle a Él el sacrificio de alabanza.

Pero hay también una historia triste: "Después comenzó Noé a labrar la tierra" cual hombre terrenal. Plantó una viña. No había nada malo en eso; posiblemente tenía en mente proveer para la familia. Pero, "bebió del vino, y se embriagó". Esto condujo a su caída, pero aquí tampoco vamos a entrar en detalles.

Noé no tenía excusa; bebió en exceso. Así como otros mencionados en las Escrituras, este patriarca comenzó bien, continuó bien y terminó mal. Al salir del arca él tenía un comienzo nuevo y una gran oportunidad para servir a Dios. Romanos 15.4 aplica: " las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron". La última parte de Génesis capítulo 9 es una página negra en la historia humana.

La caída triste de Noé nos enseña cuatro lecciones:

Él andaba con Dios al principio, pero sin un cambio de naturaleza, no obstante todo lo que Dios había hecho por él.

Es peligroso familiarizarse con lo que puede ser para nuestro uso pero no es para nuestro abuso. "Todo me es lícito, pero no todo conviene".

Debemos ser vigilantes; un creyente nunca está exento de caída. "El que piensa estar firme, mire que no caiga".

El buen comienzo no garantizó que Noé iba a terminar bien, y así es con cada uno de nosotros. Sabemos de hombres espirituales que oraban no terminar sus vidas siendo viles.

Noé vivió 950 años pero el registro inspirado guarda silencio acerca de los últimos 300 años de su vida.

Job, el hombre perfecto y recto

Le dijo Dios a Satanás: "¿No has considerado a mi siervo Job?" Nosotros "consideraremos" a Job de varias maneras: su carácter, conocimiento, pruebas, amigos, Señor y fin.

El libro y el hombre

El Libro de Job es un tratado sobre una de los enigmas de la vida: ¿Por qué sufren los justos? Reconocemos que nos deja perplejos el hecho de que Dios permita a Satanás tocar a un hombre como su siervo Job y que hoy "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución", 2 Timoteo 3.12. Muchos del pueblo de Dios sufren de maneras

inexplicables, ¿pero por qué Job? Sus experiencias han sido un estímulo a muchos que han llevado cargas pesadas por razones ajenas a su control.

En cuanto a los tiempos de este varón, es evidente que el Libro de Job es uno de los más antiguos, si no el más antiguo, en la Biblia. Parece que Job vivió antes de Abraham, o antes de que Dios llamara a éste, y ciertamente antes de Moisés. No se conocían las ceremonias ni el sacerdocio levítico cuando Job vivía. Él era sacerdote en su propio hogar, ofreciendo holocaustos según el número de su prole, ya que "quizás habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones". Esto lo hacía continuamente.

Es muy poco lo que sabemos de sus antepasados y nacionalidad; este libro no incluye fechas. Aprendemos del 12.15 que fue escrito después del diluvio, "Si él detiene las aguas, todo se seca; si las envía, destruyen la tierra"; y de 22.15,16, "¿Quieres tú seguir la senda antigua que pisaron los hombres perversos, los cuales fueron cortados antes de tiempo, cuyo fundamento fue como un río derramado?"

Job vivía en Uz. Nada indica que era peregrino, como eran Abraham, Isaac y Jacob. No hay mención de él en Hebreos 11, donde dice que los patriarcas confesaban que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Job no recibió ningún llamado a separarse, y por cierto esto sugiere que vivía antes de que Abraham haya sido mandado a hacerlo.

No hemos sido informados quién escribió el Libro de Job. Algunos opinan que Moisés lo hizo, pero especular sobre el punto tal vez no sea provechoso.

Fe y convicción

Nos capta la atención el reto de Dios a Satanás: "¿No has considerado a mi siervo Job?" Con estas palabras Dios lo presentó al acusador de una manera innegable, aunque Satanás sí cuestionaba su motivo: "¿Acaso teme Job a Dios de balde?"

Los detalles acerca de sus riquezas y dignidad dejan en claro que era hombre poco común. "No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal". *Perfecto*, desde luego, no quiere decir que era sin pecado; nadie puede aspirar a eso. El hombre perfecto del Antiguo Testamento era uno que estaba en la debida posición ante Dios, y el recto era uno que vivía piadosamente. Tanto Dios como Satanás tenían un interés especial en Job; Dios lo contemplaba con agrado y Satanás con malicia. En este libro encontramos el concepto que Dios, Satanás y Job mismo tenían de Job.

Aun cuando no está mencionado directamente en Hebreos 11.13, "conforme a la fe murieron todos éstos". Job tenía un conocimiento de Dios muy llamativo. Su gran y hermosa declaración está en 19.25,26: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios". Obsérvese qué sabía de las verdades divinas:

Tenía un Redentor personal. No está relatado cómo lo fue revelado al patriarca. Al haber conocido el himno, él hubiera cantado: "Redentor, Redentor, ¡qué alegría tuyo ser!"

Sabía que su Redentor vivía. Es una prueba irrefutable de que el Hijo de Dios existía antes de su encarnación.

Job sabía que su Redentor se levantaría sobre la tierra. *Al fin* nos lleva más allá del primer advenimiento del Señor, cuando el niño nació de la virgen.

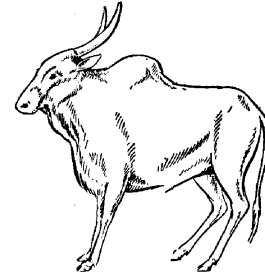
Tenía conocimiento de la resurrección; a saber, que en su cuerpo vería a Dios. Sabía que su cuerpo iba a morir y ser sepultado, pero Dios le daría otro y en ése lo iba a contemplar.

No dudaba; dijo: *Yo sé*. La fe lo sostenía en la prueba severa y él vivía a la luz y en el disfrute de la esperanza bienaventurada de ver a su Redentor cara a cara.

Sus pruebas

Habiendo tomado nota de la fe y la convicción de Job, veamos ahora sus pruebas. Uno puede pensar que el favor divino le era negado en cada una de sus aflicciones; él tuvo que enfrentar un desastre tras otro. Merodeadores llevaron sus bueyes, ovejas y camellos; sus siervos cayeron a espada; y, peor, sus diez hijos murieron violentamente. Job se levantó, quitó su manto, se arrodilló y adoró. "En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno". Luego él fue obligado a sufrir en cuerpo propio, con sarna maligna de pies a cabeza. Lo vemos sentado en ceniza, rasgándose con un tiesto.

Además, y posiblemente lo peor de todo, su esposa le dijo: "¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete". Ella ha debido ser una ayuda, un apoyo; es un golpe duro cuando la esposa traiciona a uno. Cierto, ella recién había perdido a todos sus hijos, pero mejor hubiera sido conversar con Job para consolarlo. Pero él le dio una respuesta excelente: "¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?"



El objetivo de la aflicción de este hombre fue el de descubrir la falsedad de la acusación de Satanás al decir: "Extiende ahora tu mano y toca lo que tiene, y verás su blasfemia contra ti". De manera que Job sufrió rechazo de parte de su esposa, extremo dolor en su cuerpo, la actitud por demás chocante de sus amigos y las acusaciones de Eliú. Entonces Dios intervino y esto puso fin al proceso.

El intercambio

Es de notar que la mayor parte del libro relata la conversación entre Job y sus amigos. Contamos con una transcripción fiel de sus disputas, pero esto no quiere decir que Elifaz, Bildad y Zofar hayan hablado por inspiración divina. El relato es inspirado, pero no así los criterios. Debemos llevar en mente la distinción entre lo que las Escrituras enseñan y los dichos que narran. Por ejemplo, leemos en 1 Reyes 13.18, "le dijo, mintiendo", y sin duda así fue, pero esto no quiere decir que la mentira haya sido inspirada.

Sin duda los amigos de Job dijeron mucho que era cierto en sí, pero no aplicable al hombre a quien acusaban. Es más, mucho de aquello fue refutado fácilmente. Alguien ha dicho que el único amigable de los amigos de Job fue el hecho de visitarlo en su enfermedad y tribulación. La bondad los llevó pero su falta de comprensión del porqué de las cosas resultó en que fuesen impedimento en vez de ayuda.

Estos tres amaban a Job pero no lograron comunicar la simpatía que él anhelaba. Se desvistieron, echaron polvo sobre sus cabezas, lloraron y se sentaron en el suelo con él. Se dieron cuenta de que su angustia era grande, y guardaron silencio por una semana.

Esto dio lugar a la primera intervención de Job. Exclamó: "Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: Varón es concebido". Prosiguió con acusaciones indecorosas. Por supuesto, la teoría de los amigos era que Job había pecado y que todo su sufrimiento era castigo por su pecado. Nada sorprende que haya protestado "consoladores molestos sois todos vosotros". Estos hombres descorteses no tenían nada; sus palabras eran frías, negativas y abstractas. Percibían a Job como un hipócrita.

Las respuestas de Job fueron contenciosas más que todo. El problema era que Job no conocía a Job. Dijo: "Atribuiré justicia a mi Hacedor", y "Mi justicia tengo asida, y no la cederé; no me reprochará mi corazón en todos mis días". Parece que le costaba involucrar a Dios en todo el asunto. Si bien Dios lo iba a vindicar ante sus amigos, su lamento era: "¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Expondría mi causa delante de él, y llenaría mi boca de argumentos".

Otro hombre se presenta en el capítulo 32 en la persona de Eliú, y él le habla a Job de una manera diferente de como habían hecho los tres. Eliú estaba muy molesto con Job y procuró

justificar a Dios en todo el asunto. Su intervención tuvo un efecto muy profundo sobre Job, y éste no podía contestarle como había hecho con los amigos.

Su Señor y su fin

El Señor respondió desde un torbellino. Cómo lo hizo, no sabemos; probablemente fue en voz audible. Job había expresado el deseo de tratar directamente con Él, y Dios lo concedió. En vez de razonar Job con Dios, o procurar justificarse como había hecho ante sus amigos, Dios razonó con Job para su mayor incomodidad y pena. La majestad del Creador lo hizo sentir su propia indignidad; ahora exclama: "He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pondré sobre mi boca ... me arrepentiré en polvo y cenizas". Todo ha cambiado ahora; él ha dejado de decir "mi justicia tengo asida". El camino fue largo, pero llegó a su fin previsto.

"Bendijo Jehová el postrer estado de Jacob más que el primero". Las consecuencias de este drama divino fueron asombrosas, dejándonos ver "el fin del Señor", el objetivo que Dios había tenido en mente.

Siglos más tarde Santiago escribió: "Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor; que el Señor es muy misericordioso y compasivo". La secuela se conformó con toda la prueba experimentada. Los amigos de Job se quedaron reprendidos, llevados al arrepentimiento y mandados a ofrecer los sacrificios que Dios exigió. Fueron asegurados que Job oraría por ellos, cosa que les caería como gran reprensión, porque pensaban que él necesitaba las oraciones suyas. "Quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job".

La bendición vino repentinamente y la restauración quedó realizada. De nuevo nuestro protagonista era el mayor en el Oriente. Pensamos en Ana: "Jehová empobrece, y él enriquece; abate y enaltece. Él levanta del polvo al pobre". Así con Job: "Vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y cada uno de ellos le dio una pieza de moneda".

La lección

La lección que aprendemos está en cómo se portó durante esta catástrofe un gran hombre, "perfecto" en su relación con Dios, recto en su conducta, con una actitud correcta ante sus hijos y benévolo con sus prójimos. Haríamos bien en preguntarnos cómo nos hubiéramos portado en circunstancias tan extremadamente difíciles. Para el hijo de Dios es un gran consuelo saber que somos objetos de su incesante amor y cuidado.

La disciplina divina no siempre es con miras a castigar, sino puede ser con el fin de prevenir, o en las palabras del 33.17, "para quitar al hombre de su obra, y apartar del varón la soberbia". Puede ser instructiva; "les señala su consejo", dice el versículo anterior. Es decir, la disciplina lo hace a uno ver qué le conviene.

El punto clave para el hijo de Dios que está bajo la mano aleccionadora es el de Hebreos 12.11: "los que en ella han sido ejercitados". Y, tiene su "después": da fruto apacible de justicia. Job salió del proceso con el doble de lo que tenía al entrar, y su vida es un cuadro de cómo se logra "el fin del Señor". Este "fin" fue un final muy feliz para Job. El Señor quiso llevar a Job a no confiar en sí, y luego bendecirlo. "Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y murió Job viejo y lleno de días".

Exclamó el salmista en el 119.71: "Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos".

Melquisedec, el sacerdote de Dios

La primera mención de Melquisedec está en Génesis 14.18, donde en su capacidad dual de rey de Salem y sacerdote de Dios él lleva pan y vino a su encuentro con Abram. Nada más está dicho de él hasta Salmo 110.4, donde David declara: "Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote según el orden de Melquisedec". Luego hay otro silencio también de aproximadamente mil años, hasta que aparece en los capítulos 5 y 7 de la Epístola a los Hebreos.

Hay quienes han sugerido que este hombre era Set, y otros que era Cristo mismo. Estas interpretaciones son especulaciones sin el más mínimo apoyo en las Sagradas Escrituras. Hebreos 7.3 nos informa claramente que Melquisedec fue hecho semejante al Hijo de Dios, y difícilmente podría uno hacerse semejante a sí mismo. Melquisedec no era una teofanía; es decir, no era una manifestación de Dios al hombre. Génesis 14 y Hebreos 7 dejan en claro que era un rey de Salem y un sacerdote de Dios. No era un ser celestial sino un hombre que encontró a y conversó con Abram.

La clave del misterio, si es que hay misterio, es que Melquisedec es un tipo hermoso de nuestro Señor Jesucristo, y de su sacerdocio en particular. El primer punto de comparación entre este hombre y el Hijo de Dios se encuentra en Hebreos 7.3, donde se lo presenta sin padre y madre, sin descendientes y sin comienzo ni fin de vida. Esto no quiere decir que Melquisedec era un ser sobrenatural. El asunto es que Génesis es el libro de principios y abunda en genealogías. A menudo hay enseñanza en el silencio de la inspiración, y lo registrado acerca de este hombre es llamativo por lo que dice y lo que no dice.

Una gran dificultad para el creyente hebreo era entender cómo Cristo podría ser un sacerdote. Era de Judá, una tribu que no ministraba ante el altar. El hebreo daba por entendido que un sacerdote sería de la tribu de Leví. Para atender a esta dificultad, el escritor de Hebreos emplea a Melquisedec como un tipo de un orden de sacerdotes. En esta cuestión de las figuras antiguotestamentarias del Señor Jesús como sacerdote, debemos llevar en mente que se habla de Melquisedec como un orden y de Aarón como el patrón.

Melquisedec era tipo de nuestro Señor al ser tanto rey y sacerdote a la vez. Hebreos 5.6 dice que el Señor es sacerdote según el orden de Melquisedec. Él recibió la excelencia eterna de este orden al ser resucitado de los muertos y exaltado en gloria. Es un ministro de bendición sin fin. Melquisedec murió, como está establecido a todo hombre, pero no hay mención de su muerte, conforme con el uso que el Espíritu Santo hace de él cual figura de un Varón cuyo ministerio nunca va a terminar.

Melquisedec trajo pan y vino a su encuentro con Abram. Esto habla de lo que hemos recibido por medio de Cristo, y también de su gloria milenaria cuando edificará el templo de Jehová, llevara gloria y reinará en su propio trono. Será sacerdote sobre su trono, Zacarías 6.13.

Abraham, el amigo de Dios

La vida de Abraham es una de las narraciones más interesantes en todo el Antiguo Testamento. Su biografía es tal vez la más completa, ya que ocupa Génesis 11 al 25 y varias otras referencias. Tres veces él es llamado el amigo de Dios, 1 Crónicas 20.7, Isaías 41.8 y Santiago 2.2. Cinco palabras sirven de resumen de su vida: "la obediencia de la fe". El Espíritu Santo relata sus fracasos y sus logros, todo escrito para nuestra instrucción.

Se han escrito tomos sobre este hombre sobresaliente que Génesis 17.4 llama padre de muchedumbre de gente y Romanos 4.11 llama padre de todos los creyentes.

En cuanto a su título de amigo de Dios, esta relación está al alcance de todos nosotros. Nuestro Señor dijo: "Sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando". No dudamos de que ésta haya sido una de las razones por qué Abraham ganó el título; la obediencia engendra amistad. Por otro lado, "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?" Santiago 4.4.

Algunos temas sobresalientes en el registro que tenemos de este hombre (no los mencionamos ahora en su secuencia cronológica) son su país, llamamiento y valor; su fe en cuanto al nacimiento de Isaac y su obediencia al ofrecerlo; su separación de Lot; sus "miradas"; las tres grandes promesas de parte de Dios; su conquista de reyes y su conversación con Melquisedec; y el pacto de Dios con Abraham. Veamos brevemente algunos.

Dios llamó a Abraham

Posiblemente Job y Abraham eran contemporáneos. Quizás Job vivió en la primera parte de la vida de Abraham cuando todavía en Mesopotamia, pero sin conocer el uno al otro. Sea como fuere, estos dos patriarcas difieren grandemente. Job le conocía a Dios de una manera que Abraham desconocía al principio. Es probable que Job haya vivido y muerto en la tierra de Uz; no estamos seguros dónde quedaba. Abraham era peregrino en la gran parte de su larga vida, una caracterizada por tiendas y altares. La historia de la vida de Job no está vinculada con el pueblo de Dios como es la de Abraham. Ninguno de los propósitos de Dios para su pueblo terrenal se relacionaba con Job, mientras que el pacto de Dios con Abraham está entretejido en la historia de Israel.

Cuatro siglos habían pasado desde el diluvio y durante aquel tiempo hubo mucha migración. Los hijos de Jafet fueron al norte y ocuparon lo que es hoy día Europa y Asia. Los hijos de Cam fueron a sur, aparentemente a la tierra fértil de Caldea. Aquí encontramos una familia de los hijos de Sem, probablemente cerca de la boca del Eufrates. Algunos colocan a Ur más al norte, en un lugar que ahora sería un día de viaje de Harán, pero lo vemos dudoso a la luz de acontecimientos posteriores. Probablemente Ur estaba cerca del Golfo Pérsico, en el sur de Mesopotamia (Irak hoy por hoy).

Los descendientes de Noé, específicamente los hijos de Cam, practicaban la idolatría. Josué 24.15 alude a "los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río", o más allá del Eufrates. Abraham nació y se crió en medio de esta idolatría. Hay una tradición que él se oponía a ella, pero nada sabemos de esto de las Escrituras.



Génesis 12.1 relata el llamamiento de Abraham: "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré". El 11.31 ya había comentado: "Tomó Taré a Abram su hijo y a Lot hijo de Harán". Si esto presenta un problema, las palabras de Esteban en Hechos 7.2 al 4 lo aclara: "El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré. Entonces salió de la tierra de los

caldeos y habitó en Harán; y de allí, muerto su padre, Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora".

El Dios de la gloria le apareció. Aquellos que creen en teofanías en el Antiguo Testamento explican que esta es la primera; Dios apareció a un hombre en la persona de su Hijo, llamado a veces el Ángel de Jehová. Ningún hombre jamás ha visto a Dios, así que puede ser que el Dios de la gloria que le apareció al patriarca era el Hijo de Dios en forma humana, como también en Génesis 18.1, "le apareció Jehová en el valle de Mamre".

Para cualquiera de nosotros hubiera sido difícil comprender plenamente cuando "se fue Abram, como Jehová le dijo". No fue apenas un llamamiento a alejarse de la idolatría, aunque esto estaba incluido, sino un llamado a dejar su patria y los suyos. Más de esto, él debía ir a una tierra de la cual no sabía nada. No sabía adónde, a qué distancia ni a qué.

Dios probó a Abraham

¿Quién entre nosotros estaría dispuesto a obedecer hoy un llamado como este? Conlleva privación. Sin duda Abraham disponía de suficiente para atender a sus propias necesidades y las de su hogar, pero desprendirse de todo lo que estimaba y confiar en la palabra de Dios, fue sin duda una prueba de su fe. Su único asidero era las promesas de Dios.

Dios tenía una buena razón, porque una gran nación, y aun naciones, llegarían a existir a través de este hombre y su simiente. El capítulo 12 contiene verbos que ameritan nuestra atención: Abraham se fue, saludó, pasó, plantó y partió. Hebreos 11 resume todo este movimiento: "salió sin saber a dónde iba".

No obstante su coraje, él procedió a cometer un error. El 12.10 lo define y el 13.1 pone cote al incidente: "descendió Abram a Egipto", y "salió, pues, Abram de Egipto". Es su única desviación de la senda de fe en sus cien años de peregrinación. La vida de separación no es fácil, y aquí Abraham fue probado severamente. Había llegado a Canaán en tiempo de hambruna, una prueba en sí. Dios le había mandado a esa tierra, y el peregrino ha debido saber que lo cuidaría a él y a los suyos, pero Abraham continuó hasta llegar a Egipto.

Figurativamente, Egipto representa el mundo. Siglos después Dios diría: "¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda!" Ciertamente, hubo ocasiones cuando Él mandó a los suyos a Egipto. Tenemos el caso de Jacob, a quien dijo: "No temas de descender a Egipto", Génesis 46.3. A José en su tiempo lo mandó: "Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto", Mateo 2.12. Así con nosotros ahora: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio". Y: "Vosotros sois la luz del mundo". Pero Abraham no tenía ninguna palabra de Dios para hacer lo que hizo; él dejó atrás el lugar del altar, y no leemos que haya levantado uno en Egipto.

Un acto de desobediencia dio lugar a otro, como suele suceder cuando nos alejamos de la senda. "Di que eres mi hermana", etc. Abraham jugó el papel de cobarde. En un sentido Sara sí era su hermana, hija del padre de Abraham pero no de su madre. Pero en los ojos de los egipcios era su esposa. La conducta del patriarca deshonró a Dios y dio mal testimonio ante el mundo. Él estaba donde no ha debido estar, y nos enseña que debemos cuidar nuestra conducta ante los inconversos.

Abraham descendió a Egipto solamente "para habitar temporalmente allí" (Versión Moderna, 1893) pero salió del país riquísimo en ganado, en plata y en oro. Su estadía tuvo dos efectos en años posteriores: (i) fue en Egipto que consiguió a Agar, quien llegó a perturbar la familia; (ii) al decidir dónde radicarse Lot "vio la llanura de Jordán ... como la tierra de Egipto".

La separación de Lot es la próxima historia de mayor interés, y es una tragedia muy aleccionadora. Abraham le hizo una promesa bondadosa: si Lot quería escoger tierras a la izquierda, el tío iría a la derecha, pero si el menor quería ir a la derecha, el mayor iría a la izquierda. Al hablar así, él dejó la elección con Dios. Está solo ahora; Dios lo había llamado a él no más y Lot simplemente lo acompañó.

Ahora él recibe una revelación divina más amplia que cualquiera anterior. Ahora Dios le promete la tierra para sí, y le hace saber la magnitud de su simiente. Hacemos bien en notar las tres promesas a Abraham. Pueden ser llamadas la del polvo, de las estrellas y de la arena.

Primeramente, "Haré tu descendencia como el polvo de la tierra", 13.16. En las Escrituras el polvo sugiere la humildad. Abraham había asumido una postura humilde al elegir tierra, así que Dios le aseguró que la tierra que iba a ver ahora sería para él y los suyos para siempre y esta descendencia sería tan numerosa como el polvo de la tierra.

Entonces en el 15.15 tenemos la promesa que ella sería tan abundante como las estrellas. Sigue de inmediato a la declaración que este hombre "creyó a Jehová, y le fue contado por justicia". Las estrellas nos sugieren el fruto espiritual de Abraham: nosotros mismos, cuyas bendiciones son espirituales.

En tercer lugar está la del 22.17: "Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar". La arena sugiere la simiente terrenal de Abraham.

Esta promesa sigue de inmediato a las palabras: "por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo".

Es que Dios le había mandado: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas ... y ofrécelo allí en holocausto". Esta es la obediencia de fe, sin paralelo en el Antiguo Testamento. Hay un solo evento en la historia de la humanidad que sobrepasa este acto noble, y es aquel cuando Dios el Padre dio a su Hijo a la muerte de cruz, una muerte que no podía ser evitada, aunque la de Isaac sí.

Esta prueba no fue una tentación. Parece haber venido repentinamente; todo estaba marchando bien, cuando como rayo del cielo Abraham fue sujetado a esta exigencia. Versaba sobre su hijo querido, la pieza clave de las promesas. No tenía que ver tan solo con su amor por Isaac, sino también con los planes de Dios a ser cumplidos en él. Abraham ni siquiera se quedó pasmado ante la orden, ni hubo una palabra de regateo. Se levantó temprano y emprendió viaje conforme al mandamiento de Dios.

Grande fue la fe encerrada en su repuesta a la pregunta de Isaac: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto". Obsérvese: se proveerá para sí. ¿Fue a esto que nuestro Señor se refería al decir: "Abraham se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó"? ¿En qué pensaba el patriarca en aquellos tres días de marcha? ¡Nunca sabremos! Isaac no era ningún niño, sino hombre capaz de llevar la leña cuesta arriba.

Ni él ni otro hombre alguno comprenderían lo que estaba sobre el corazón de Abraham. Al avistar el cerro, les dijo a los mozos: "Yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos". Su explicación es muy significativa por cuanto revela que él iba a devolver a Dios lo que Dios le había dado a él. Y agrega: "volveremos a vosotros". Creemos que dijo esto por estar seguro que de alguna manera Dios proveería un sustituto, e Isaac regresaría con su padre. "Fueron ambos juntos". Estaban de acuerdo entre sí, cualesquiera los pensamientos del uno y del otro.

Pero no es necesario que repasemos más de la historia. La fe triunfó y Abraham, "cuando fue probado, ofreció a Isaac". Al efecto, volvió adonde los esperaban los siervos, pero el relato no dice que Isaac volvió. Dios lo había recibido en figura. El capítulo 22 de Génesis siempre ha sido un favorito de los lectores de la Biblia; en él tenemos un cuadro por demás hermoso del Calvario.

Dios honró a Abraham

A su tiempo, murió Sara. En pie ante su esposa difunta, Abraham se pronunció extranjero y forastero en la tierra que Dios le había prometido. Así fue que se veía a sí mismo, pero el pueblo de Het lo proclamó príncipe prestigioso. Tengamos presente lo que les dijo: "Dadme propiedad para sepultura ..." Es la primera mención en las Escrituras de un entierro.

En 25.8,9 leemos que Abraham exhaló el espíritu, muriendo en buena vejez. Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpela. Se debe seguir este patrón en todo país donde hay cementerios. La cremación del cuerpo no es apropiada para el hijo de Dios; es una costumbre copiada del paganismo. A lo largo de las Escrituras leemos de la sepultura de los muertos. La ordenanza del bautismo se perfila como sepultándose con Cristo.

El entierro del padre fue ocasión de colaboración entre sus dos hijos que eran tan diferentes el uno del otro. "Lo sepultaron Isaac e Ismael en la cueva". Ismael era hijo de esclava, Isaac hijo de la promesa; Ismael altivo e independiente, Isaac calmado y sumiso. Estas diferencias desaparecen en el momento de luto; los dos se unen para atender a su padre.

"Allí fue sepultado Abraham, y Sara su mujer", 25.18. Con estas palabras el Espíritu Santo cierra el registro del amigo de Dios.

Las miradas de Abraham

A menudo hablamos de la tienda y el altar, pero la larga vida de este patriarca se caracterizó también por sus "miradas". Era un hombre que no miraba las cosas que se ven, sin las que no se ven, que son eternas.

La **primera** mirada está registrada en Génesis 13.14 al 16: "Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada".

Abraham estaba ante una de las grandes crisis de su vida. Para poner fin a las contiendas infelices que existían, él, aun siendo el menor, le dio a su sobrino Lot el derecho de elección. Lot también levantó sus ojos y él vio la tierra fértil del Jordán. No los levantó suficientemente; se ocupó de la llanura y no del Señor. Como resultado, se hizo amigo de Sodoma, mientras que Abraham amigo de Dios.

Su **segunda** mirada está en el 15.5: [Jehová] "lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia".

Apenas había regresado de su victoria sobre los reyes, y el relato de aquel encuentro termina con las palabras: "Desde un hilo hasta una correa de calzado, nada tomaré de todo lo que es tuyo [el rey de Sodoma], para que no digas: Yo enriquecí a Abraham".

Esta postura noble incitó palabras de confianza, "No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande", y con esto el patriarca preguntó, "Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo?" Con esto vino la orden de mirar al cielo: "Así será tu descendencia". El comentario del Espíritu Santo es que Abraham creyó a Jehová, y le fue contado por justicia. En esta segunda mirada la visión fue mayor que en la primera, ya que Abraham tendría una simiente espiritual compuesta de tanto judío como gentil, y no solamente una simiente natural como el polvo de la tierra.

Tercera: "Alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él", 18.2. Abraham corrió a recibirlos en la puerta de su tienda, y se postró ante ellos. Notamos que los visitantes son descritos como tres varones, mientras que en el capítulo siguiente son dos ángeles que visitan a Lot en la puerta de Sodoma. Abraham se dio cuenta de quién era uno de los tres y lo llamó *Señor*. Trató a sus visitantes con verdadera hospitalidad, no sabiendo con qué propósito vinieron. Pronto oyó las buenas noticias: "Sara tu mujer tendrá un hijo".

Pero Sara se rió entre sí. Negó haberlo hecho: "No, no me reí". Hasta donde sabemos, fueron las únicas palabras audibles que pasaron entre esta mujer y Dios. Dejaron entrever incredulidad, pero no debemos ser demasiado severos en nuestra evaluación de ella. Esta esposa no tenía el conocimiento que tenía su marido. Leemos en Hebreos 11: "Por fe ... siendo estéril, recibió fuerza para concebir ... porque creyó que era fiel quien lo había prometido". En esta tercera mirada encontramos a Abraham plenamente asegurado de tener hijo.

Llegamos ahora a la **cuarta** mirada y la prueba mayor en la vida de Abraham. Él "alzó" los ojos y vio el lugar de lejos, 22.4. Viajaron tres días para alcanzar el lugar que Dios le habló, donde Isaac sería ofrecido en holocausto. ¿Por qué tres días? Puede haber en este detalle el pensamiento de muerte, sepultura y resurrección. Moisés demandó de Faraón un viaje al desierto de tres días para sacrificar a Dios. Dijo Dios a Josué: "Dentro de tres días pasarás el Jordán para entrar a poseer la tierra", una figura de la muerte. Jonás estaba tres días y noches dentro del pez. Nuestro Señor dijo que era necesario que resucitara después de tres días. ¡Qué



sentimientos extraños han debido posesionarse de Abraham al llegar a aquel lugar el tercer día!

Nunca sabremos qué pensó. Había dicho a los dos siervos que esperasen con el asno y que él con el "muchacho" iban a adorar y volver. ¡Fe indómita en Dios! Creemos que él creía que de alguna manera Isaac saldría ileso, bien por resurrección o por sustituto. Él no veía nada sino la senda de la obediencia. Isaac, cargando la leña, preguntó: "¿Dónde está el cordero para el holocausto?" Sin duda estas palabras traspasaron el corazón del patriarca, pero él creía a Dios sin saber qué haría Él. Con todo, respondió: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío".

Quinto, versículo 13: "Alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí ... un carnero". Fue una mirada por demás maravillosa. Isaac estaba sobre el altar y el cuchillo estaba en la mano del padre. Todo estaba listo cuando la voz del cielo mandó: "No extiendas tu mano". Dios sí se proveyó de sustituto, y éste estaba a las espaldas del oferente. Abraham llamó el lugar *Jehová-jireh* (Jehová proveerá, o verá) Este es el primero de diez acoplamientos al nombre *Jehová* que encontramos en el Antiguo Testamento, y tiene el sentido de "pase lo que pase, lo cierto es que Jehová podrá".

Vamos ahora al Nuevo Testamento para la **sexta** mirada de Abraham. En Juan 8.56 leemos: "Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día, y lo vio, y se gozó". Moisés no menciona esta mirada, y quizás no le fue revelado este hecho maravilloso. Hemos sugerido ya que posiblemente aconteció en la marcha al Moriah cuando Abraham dijo: "Dios se proveerá de cordero".

¿Él anticipaba en esa ocasión la encarnación del Hijo de Dios? ¿Veía su muerte expiatoria en el Calvario? Al ver el carnero trabado en el zarzal y ofrecido en lugar de su hijo, ¿él percibía lo que es claro para nosotros ahora? Estaba entre aquellos que murieron conforme a la fe sin haber recibido las promesas. Pero las vieron, explica Hebreos 11.18, y las saludaron desde lejos.

La **séptima** mirada de Abraham, si se nos permite hablar aquí de ver lo invisible, era que "esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios", 11.10. Tenía la revelación de una tierra, una simiente, un sustituto y un Salvador.

Cual peregrino y forastero, nunca construyó una ciudad sino esperaba la que Dios iba a levantar. Su tienda no tenía fundamentos pero él anticipaba una ciudad que sí tendría. Lot veía una ciudad, sin esperar una. Él moró en Sodoma, una ciudad sin bases firmes, que hombres pecadores construyeron. La ciudad que Abraham veía, descrita en Apocalipsis 20.10 al 27, tenía doce cimientos.

Abraham tenía la certeza de lo que esperaba y la convicción de lo que no veía. Por esto alcanzó buen testimonio.

Lot, un santo mal ubicado

Lot era sobrino del amigo de Dios pero a la vez era amigo del mundo. Un sentido de su nombre es "envuelto", y ciertamente su vida fue envuelta en tragedia. La vida de Abraham se caracterizó por su tienda y su altar; él era peregrino de por vida. La vida de Lot estaba asociada con una ciudad impía, donde aparentemente vivió por veinte años.

Nos es presentado en el capítulo 11 del Génesis como hijo de Harán, el hermano menor de Abraham. Tres veces Dios le llamó a Abraham a abandonar su país, y está registrado que su sobrino lo acompañó. Leemos en Isaías 51.2 que Dios llamó al patriarca solo y lo bendijo, pero nunca leemos que haya llamado a Lot. Sin embargo, obra en su favor que haya dejado la tierra de idolatría y por un tiempo profesaba ser peregrino y forastero en sus viajes con el tío. Lo acompañó de Mesopotamia a Canaán, a Egipto y de regreso a Canaán. Lot andaba en buena junta mientras estaba con Abraham.

Su elección fue fatal; él optó por la llanura del Jordán, 13.11. Como seguidor era bueno pero fracasó al actuar por sí, gobernado por su naturaleza y no por fe. Él miraba las cosas temporales. A menudo oímos decir, "el Señor me guió a hacer esto y aquello", pero conviene preguntar si uno fue guiado por lo que veía o por fe. Lot había estado en Egipto y allí había prosperado materialmente. Al ver la llanura bien regada, le parecía como huerto del Señor, como la tierra de Egipto.

La realidad es que perdió al escoger lo mejor, y a la vez faltó en respeto a la posición de su tío. A la postre perdió la llanura del Jordán, mientras que Abraham recibió todo lo que podía ver. La elección de Lot resultó desastrosa para sí y para su familia. Obtuvo lo que quería, pero a costo de su testimonio, porque Pedro aclara que era varón justo. No es de dudar que su residencia en Egipto haya incidido en todo esto.

Sodoma es la próxima fase en la historia de Lot. Puso sus tiendas hasta Sodoma, 13.1; moraba en Sodoma, 14.12; se sentaba a la puerta de Sodoma, 19.1. Es evidente que su decisión dio lugar a este descenso. Las posibilidades que una vida urbana brindaban a la familia, el comercio de Sodoma y la perspectiva de mejorarse en el mundo – todo esto condujo a su caída. Pronto se asoció con impíos y leemos en el 19.7 que les llamaba "hermanos míos".

Cuando uno toma una senda errada, lo hace sin saber adónde va. El apóstol explica, siglos después: "este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos", 2 Pedro 2.8. La impiedad de los sodomitas estaba ante sus ojos día tras día.

Quizás Lot pensaba que podía ejercer una buena influencia al participar en la vida comunitaria de Sodoma, pero no resultó así. Debido a su falta de influencia, él no podía dar a sus visitantes celestiales la protección necesaria, ni tenía él influencia sobre sus yernos, quienes ni lo tomaban en serio, 19.14. ¿Cómo podría un "justo" tener un testimonio efectivo cuando se sentaba entre los impíos y sus hijas se habían casado con sodomitas? En toda época el pueblo de Dios ha sido llamado a separarse del mundo y sus sistemas.

Hebreos 11 trata de gente que se confesaba extranjeros y peregrinos en la tierra, pero no hace mención de Lot. Él era un mundano incorregible cuya historia es un faro para advertir a todos que no amen al mundo ni las cosas que están en el mundo, 1 Juan 2.15. Ha podido separarse de su tío, pero por lo que hizo cosechó el fruto de una vida malgastada. Fue necesario sacarlo a juro de Sodoma, y su mujer se volvió "columna de sal".

La última vez que lo vemos, él está borracho, en una cueva con sus hijas, y allí engendró dos hijos cuyos descendientes llegarían a ser enemigos acérrimos de la simiente de Abraham. Hasta el día de hoy Moab y Amón provocan conflicto en el mundo.

Dijo nuestro Señor: "Acuérdate de la mujer de Lot". Acordémonos a la vez de él: su elección, trayectoria y fin. "Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco", 1 Samuel 2.30. Lot es ejemplo de uno "salvado así como por fuego"; si intentó mejorar las condiciones en Sodoma, todo su esfuerzo terminó en humo.

Isaac, el hijo de promesa

"Después de muerto Abraham ... Dios bendijo a Isaac su hijo; y habitó Isaac junto al pozo del Viviente-que-me-ve", Génesis 25.11. "Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras", Hebreos 11.20.

Estas dos escrituras resumen razonablemente bien la vida de Isaac. Él vivió más tiempo que su padre Abraham y más que su hijo Jacob, pero mucho menos está registrado de él que de cualquier de ellos. Unos doce capítulos se ocupan de Abraham y casi otro tanto de Jacob, pero solamente uno, el 26, se ocupa exclusivamente de Isaac.

La vida suya era ordinaria; Isaac no alcanzó las alturas que su padre conocía, ni su vida se marcó por tantos fracasos como la de Jacob. Con todo, Isaac experimentó bendición divina.

Leemos mucho acerca de él antes de nacer, y su nacimiento representó un evento importante en la historia de la promesa hecha a Abraham. Su nombre quiere decir "risa", relacionado sin duda con la risa de Sara y de Abraham ante la promesa de un hijo en la vejez.

Podemos considerar a Isaac como un tipo del Señor Jesucristo y también como un ejemplo del creyente común.

Anotaremos cuatro puntos acerca de este hombre como un tipo del Señor:

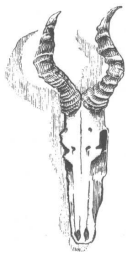
Como hijo. En Génesis 22 es "tu hijo, tu único, Isaac a quien amas".

Como sacrificio. Cuando Isaac alcanzó una edad madura "Abraham ofreció a Isaac", Hebreos 11.17. En la estimación de Dios, el padre sí ofreció al hijo; Dios reconoció la disposición del patriarca de hacerlo. Isaac murió sólo en figura, pero nuestro Señor en realidad.

Como esposo. El siervo consiguió una esposa para Isaac. En estos tiempos el Espíritu Santo está haciendo esta obra para Uno que se presentará a sí mismo una esposa en un tiempo futuro.

Como heredero. "Abraham dio todo cuanto tenía a Isaac", Génesis 25.5. Hebreos 1.2 habla de Cristo como "el Hijo, a quien constituyó heredero de todo".

Los cuadros generalmente presentan a Isaac como un jovencito en la marcha a Moriah. Es un error. Era hombre formado ya, capaz de cargar leña montaña arriba y con capacidad para resistir a su padre al haber tenido el deseo de hacerlo.



El capítulo 22 de Génesis es un favorito de los lectores de la Biblia y la historia del monte Moriah es de gran interés. Es uno de los tipos más importantes del Calvario, una "sombra de bienes venideros". Dos veces leemos que en el viaje padre e hijos fueron ambos juntos. Isaac guardó silencio, perplejo, y observó: "He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?" Todo el cuadro hace entrever su obediencia y sumisión; estaba plenamente de acuerdo con lo que estaba sucediendo, aun al ser puesto sobre el altar que su padre construyó.

"La trajo [a Rebeca] a la tienda de su madre ... y se consoló Isaac después que de la muerte de su madre", 24.67. Es evidente que él fue criado en esa tienda. Era casero cuando joven, y poco leemos que se haya movido fuera del círculo familiar. Su disposición a ceder se destaca en los pocos incidentes narrados, especialmente en la cuestión de los pozos. Los abrió para sí, pero los pastores de Gerar se apropiaron de ellos. Isaac no se vengó, sino simplemente cavó otros. Ismael lo molestó continuamente de niño. Ya hemos visto su sumisión en el monte Moriah, como también su tristeza al perder a su madre cuando él tenía 40 años.

"Venía Isaac del pozo del Viviente-que-me-ve", o Lahai-roi, el Dios que me está observando. Y así era en verdad. Llegó Rebeca, "y la amó". Se ha dicho que el hijo que extraña a su madre difunta suele ser un esposo que ama. El detalle que meditaba en el campo, registrado al final del capítulo 24, nos da una idea de cómo era su carácter.

Era tiempo de hambruna, e Isaac se acudió a Abimalec rey de los filisteos en Gerar, 26.1. Hizo lo que había hecho su padre; el hambre dirigió sus pasos. No hemos sido informados si pidió consejo a Dios antes de hacer esto, pero Dios intervino con las palabras: "No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré". *Gerar* quiere decir habitación, y leemos: "Habitó, pues, Isaac en Gerar". ¿Hizo lo correcto? Acontecimientos posteriores hacen pensar que no. Gerar era una especie de pulmón entre Canaán y Egipto. Isaac iba rumbo a Egipto pero Dios no lo permitió llegar allí.

Encontramos una dificultad al leer "le bendijo Jehová" en aquella tierra. ¿Dios bendice cuando le desobedecemos? En el v. 3 dijo que lo bendeciría y Él cumplió aun cuando Isaac se aprovechó indebidamente de la oportunidad que había recibido. Isaac comenzó cavando pozos, pero aprendió que cada uno sería motivo de contienda mientras se quedara en esa

tierra. Al alejarse de esa zona limítrofe, Jehová le hizo "ensanche" (Versión de 1893), y se le apareció Jehová de noche con una promesa de bendición.

Ahora Isaac edifica un altar (por primera vez según sabemos), v. 25, y lo hizo antes de abrir otro pozo. Altar, tienda, pozo: él le dio a Dios el primer lugar.

Es Hebreos 11 que nos orienta ahora: "Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras", y Jacob por su parte bendijo a los hijos de José, a saber a Efraín y Manasés. Isaac y Jacob se caracterizan por actos de fe al final de la vida; el primero cuando pensaba que había llegado al final y el segundo cuando moría. Bendijeron a sus hijos respecto al futuro, aunque ellos mismos murieron en fe sin recibir las promesas.

Génesis 27 y 28 proporcionan detalles acerca de cómo Isaac bendijo a sus hijos.

La decisión de bendecir a Esaú no fue un acto de fe, sino se debía a no poco interés propio. Habrá sido un gesto de amor fraternal; Isaac lo amaba a éste porque había comido su guisado, y esto dio lugar a desobedecer la voluntad de Dios. Su parcialidad estaba a la vista, y nos hace reconocer que nunca debemos dejar que el afecto natural nos permita contravenir el amor; 25.33. No es de dudar que haya sabido que Esaú le vendió a Jacob su primogenitura, y percibía que Esaú era un profano, como lo expresa Hebreos 12.16. Fue cosa seria, entonces, bendecir a Esaú. Lo afligió a Isaac que Esaú se había casado con heteas, y sabía que Dios nunca quería que bendijera a su hermano, pero se empeñó en hacerlo. Así que leemos de las maquinaciones de Rebeca y de Jacob para frustrar el propósito de Esaú. Fueron innecesarias. Jacob hubiera quedado mejor parado al no haber hecho lo que hizo.

Fue cuando Isaac vio su propia necesidad que alzó la voz y lloró. Se dio cuenta de que Dios había intervenido y que él no podía frustrar los propósitos divinos. Aprendió que Jacob debía tener la bendición principal, y vemos que en efecto la recibió. Al bendecir a sus hijos conforme con el propósito de Dios, actuó por fe, Hebreos 11.20. Le dijo a Jacob: "El Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te dé la bendición de Abraham".

Isaac vivió por cuarenta años más, pero en la sombra; "fueron los días de Isaac ciento ochenta años", 35.28. Nada leemos de él después de haber bendecido a sus hijos; aparentemente los años restantes fueron estériles, muy diferentes a los últimos años de su padre. ¿Se debió a su intento a invertir el orden divino y pronunciar una bendición sobre su hijo mayor? Había sido una iniciativa de la carne, y quizás por esto Dios lo dejó solo.

Jacob, el suplantador y príncipe

La vida de Jacob, que ocupa un lugar prominente en el libro de Génesis, ofrece una excelente evaluación del carácter humano y de la gracia divina. La carrera de Jacob tuvo más altibajos que la de cualquier otro patriarca. Un biógrafo podría titular su obra acerca de este hombre 'El Suplantador' y otro 'Un Príncipe con Dios'. El sentido de *Jacob* es 'el que toma por el calcañar', o que suplanta, pero su nombre nuevo, *Israel*, significa 'será un príncipe ante Dios'.

Esaú y Jacob, hijos de Isaac y Rebeca, eran morochos, pero desde la cuna tan diferentes como pueden ser dos hermanos, en apariencia, carácter y objetivos. Esaú era el favorito de su padre y Jacob el consentido de su madre. Esta parcialidad causó problemas en la familia, y así ha sido siempre cuando existe en los padres. Jacob valoraba lo que Esaú despreciaba: la primogenitura.

Jacob en el hogar

Toda su vida se caracterizaba por un deseo verdadero de contar con la bendición de Dios, un objetivo sano cuando uno lo persigue de una manera correcta. La vida familiar de este hombre era insatisfactoria y él tenía parte de la culpa. La primogenitura le pertenecía a Esaú por ser el hermano mayor, pero Jacob la quería. Vio la oportunidad que buscaba, y Esaú, quien daba poca importancia a la primogenitura, vendió su derecho por un plato de guisados,

Génesis 25.34. Por culpa de Isaac y Rebeca, Jacob aprendió en casa cosas que no ha debido conocer, y no nos sorprende que no se haya comportado bien en ese hogar.

Sin duda Isaac sabía de ese episodio triste cuando Esaú le vendió sus derechos a Jacob, de manera que procedió por su propia cuenta. Un padre no debe mostrar favoritismo a uno de sus hijos, ni debe uno de los padres actuar al espaldas del otro al planificar por los hijos. Isaac hizo mal en su maquinación y Rebeca hizo mal al idear un complot para que Jacob recibiera la bendición. Adicionalmente, Jacob hizo mal en hacerse parte del esquema de su madre.

El Señor le dijo a Rebeca que el mayor debía servir al menor, 25.23, así que ella ha debido dejar todo en la mano de Dios. Isaac tampoco tenía por qué apurarse; él pensaba que estaba por morir pero en realidad vivió unos cuantos años más. Los padres en estos tiempos deben aprender la lección que todo esto enseña: cuidado qué oyen y ven nuestros hijos en el hogar. El ejemplo parental aporta mucho a la formación del hijo; queremos ser buen ejemplo de honestidad y rectitud ante los que nos siguen.

Si Rebeca hubiera dejado todo en la mano de Dios, Jacob hubiera recibido la bendición de la primogenitura y ella hubiera tenido a su hijo predilecto consigo en casa por años. Pero en vez de verlo madurar espiritualmente, ella tuvo que desprenderse de él, y hasta donde sabemos no le vio más.

Tenemos que aprender que no podemos forzar la mano de Dios por medios naturales y esquemas astutos, sin que esa mano nos caiga en disciplina. La objeción de Jacob a colaborar con su madre fue muy débil. Se comportó miserablemente al engañar a su padre, diciendo una mentira tras otra. Encontramos que no fue hasta reconciliarse con Esaú, muchos años más tarde, que él entró en el pleno disfrute de lo que había comprado. Eso fue cuando se refirió a su hermano mayor como "mi señor" y a sí mismo como "tu siervo", 32.4.

Podemos notar un punto positivo antes de dejar esta fase de la biografía: "Jacob había obedecido a su padre y su madre, y se había ido a Padan-aram", 28.7.

Jacob en Luz

Jacob se marchó de casa y pasó la primera noche en Luz, posiblemente la primera vez que estaba fuera de Beerseba. Era un lugar desolado, solitario y rocoso. Sin duda en su caminata a Padan-aram, con solo un bastón de compañero, él habrá repasado su pasado y contemplado su futuro. Solo, cansado, en un ambiente extraño con una piedra por almohada, él soñó y vio una escalera que estaba apoyada en tierra y tocaba el cielo.

¡Qué visión para un hombre deprimido! Le quedaba mucho que aprender de los tres *he aquí* en esta visión: he aquí una escalera, he aquí ángeles y he aquí Jehová. Se despertó el feliz soñador y dijo: "Ciertamente Jehová está en este lugar". Él descubrió que Dios le había seguido en su despedida de la familia y del lugar de adoración de su padre.

Este es el primer trato de Jacob directamente con Dios, y sin duda la historia de su conversión. El lugar y su experiencia allí fueron de tal significado para él que hizo tres cosas: levantó una columna para señalarlo, lo dio un nombre nuevo – Betel, casa de Dios – e hizo voto. El fugitivo descubrió que estaba en la casa de Dios y que Dios estaba allí.

Hasta este punto Jacob pensaba en sí, pero en Bet-el pensaba en Dios y encontró el lugar espantoso. Como otro que vivió muchos años más tarde, podía decir: "Me acordaba de Dios, y me conmovía", y esta ha sido la experiencia de un número innumerable de personas a lo largo de las edades.

La historia de Jacob en Luz ofrece mucha reflexión provechosa, pero aquí nos conformaremos con observar que vemos la maravillosa gracia de Dios hacia este trasgresor. La escalera habla de Cristo, la vía al cielo. Llegó justamente adonde estaba él y alcanzó a Dios mismo. Merece notar el cambio de nombre; Luz significa "uno que divide", pero Bet-el significa "casa de Dios". Jacob hizo voto y Dios hizo una promesa incondicional: "La tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia ..." Pero Jacob quiso negociar: "Si

fuere Dios conmigo, y me guardare ... Jehová será mi Dios". En vez de confiar en lo que Dios había dicho, él fijó condiciones, y a veces nosotros actuamos de manera parecida.

Jacob en Padan-aram

Los primeros versículos del capítulo siguiente hacen ver el resultado de todo esto: "Siguió luego Jacob su camino", 29.1. Thomas Newberry traduce: "Jacob levantó los pies y llegó a la tierra del pueblo del oriente". Vencida la pesadez que experimentó al abandonar su hogar, él se ha encontrado con Dios y es un hombre nuevo; ha visto la vía de tierra a cielo y cuenta con la promesa de la presencia de Dios con él. Cierta comentarista escribió: "Su corazón levantó sus pies".

El sentido de Padan-aram es "la llanura de Aram". En el Antiguo Testamento la llanura era lugar del alejamiento de Dios: "la llanura de la tierra de Sinar", "Lot vio la llanura del Jordán", etc. Aram quiere decir "magnífico", y sin duda era un lugar agradable a los ojos, pero también abundaba la vanidad de la vida.

En nuestros días lo que corresponde a levantar un altar en aquellos tiempos es entrar en relaciones sacerdotales con Dios en el hogar. Jacob no hizo nada de eso en Padan-aram, y lo mismo da hoy en día con muchos, debido a las amistades malsanas que guardan. Labán tenía ídolos en su casa y Raquel los hurtó, haciendo entrever cuán poca influencia espiritual Jacob tenía en esa familia. En aquellos tiempos le correspondía a la cabeza del hogar funcionar como sacerdote en el mismo. Leemos de Job, por ejemplo, que se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de sus hijos, acaso pecare alguno.

¿Será que Jacob estaba tan ocupado con el ganado que dejó de criar a sus hijos en la disciplina y admonición del Señor? ¿Se interesaba tanto por enriquecerse que no le quedaba tiempo para atender al bienestar espiritual de su familia? Los hijos ya estaban de una edad cuando su carácter estaba en formación, y veremos más adelante el resultado de esta falta de un altar en Padan-aram.

Jacob en Jaboc

Después de estar él unos veinte años en Padan-aram, Dios le dijo: "Vuélvate a la tierra de tus padres y a tu parentela, y yo estaré contigo", 31.3. Oportunamente emprendió la marcha, saliendo furtivamente de noche. Era un Jacob diferente de aquel que había llegado a Padan-aram. Estaba vacío en ese entonces, pero se va lleno; ahora es "dos campamentos". Cuenta con dos esposas, once hijos varones y una hija, y manadas que hacen entrever su prosperidad.

Él oye decir que Esaú vendrá a su encuentro con cuatrocientos hombres, y eso le infunde miedo. Encomienda todo en la mano de Dios en una de las mejores oraciones del Antiguo Testamento. Le recuerda a Dios su promesa incondicional a Abraham e Isaac, confiesa su propia indignidad y hace una petición. Luego echa a perderlo todo. Habiéndose encomendado a Dios, revierte su postura y vuelve a sus intrigas.

Pero Dios se encarga de la situación. Antes de encontrarse Jacob con Esaú, Dios se encuentra con Jacob. La energía de la carne no bastaría. Jacob es fuerte en sus marchas, pero le hace falta un toque de parte de Dios. "Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que se rayaba el alba", 32.4.



Jacob no está luchando con el varón, sino Dios con Jacob. Pero el peregrino no suelta al varón hasta recibir una bendición y un nombre nuevo. Ahora es Israel, que quiere decir "el que lucha con Dios", y también "un príncipe con Dios". Él recibe la confianza que tendría poder con Dios y prevalecería contra hombres. Llamó a ese lugar Peniel, a saber, "el rostro de Dios".

El luchador divino tocó el encaje de su muslo, y se contrajo el muslo de Jacob en esa contienda. Y ahora la pregunta: "¿Cuál es su nombre?" Los problemas de Jacob comenzaron cuando quiso engañar a su padre con decir que su nombre era Esaú. Él nunca había confesado esa mentira, ni ante Dios ni ante su hermano, y ahora con un toque en el muslo Dios le obliga a decir la verdad. "Mi nombre es Jacob". ¡Una confesión de veras! Ahora será bendecido.

Jacob con Esaú

Los hermanos se encuentran y Jacob descubre que sus temores no tenían base. Dios había ablandado el corazón de Esaú hacia su hermano, y ahora este había desistido de sus malas intenciones. Esaú corrió, le abrazó, se echó sobre su cuello y le besó. Y lloraron.

Ambos habían prosperado económicamente desde su separación. Jacob atribuía esta bendición a la gracia de Dios, hablando de "los niños que Dios ha dado a su siervo". La actitud de cada cual es una de satisfacción y contentamiento en cuanto a cosas terrenales. Esaú no quería aceptar el obsequio de su hermano pero Jacob insistió. Quizás podemos entender que Esaú haya dicho, "Suficiente tengo yo, hermano mío, sea para ti lo que es tuyo", pero nos sorprende oír a Jacob responder, "Dios me ha hecho merced", 33.11.

Esta actitud es muy diferente a la que mostraba en Padan-aram cuando estaba deseoso de escapar con todo cuanto podía. Quizás el carácter "Israel" se estaba manifestando ahora, aunque no lo haría siempre de aquí en adelante. "Contento con lo que tenéis ahora", Hebreos 13.5, es señal de una buena condición de alma. Y también: "Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento", 1 Timoteo 6.6. La fuerza de "suficiente tengo" y "Dios me ha hecho merced" es que Esaú tiene mucho pero Jacob tiene todo. Hoy día no son muchos los que están contentos con lo que tienen, sino prevalece el sentir de las cuatro hijas de Proverbios 30.15 que nunca dicen: "Basta".

Jacob en Siquem

La próxima fase en esta historia no nos aporta energía espiritual. Un príncipe con Dios no ha debido encontrarse en Siquem.

"Jacob fue a Sucot, y edificó allí casa para sí, e hizo cabañas para su ganado", 33.17. El propósito de Dios era que fuera directamente a Bet-el, pero Jacob no quería. En vez de dirigirse a la tierra de sus padres, construyó casa a medio camino. Fue indicio de que quería quedarse por largo. Aparentemente se había olvidado de su voto en Luz, o el buen pasto de Sucot estaba detrás de esta decisión. Acampó delante de la ciudad de Siquem, e iba a pagar caro por hacerlo. Jacob estaba actuando contrario a la mente de Dios, y desde ese entonces muchos entre el pueblo del Señor han hecho lo mismo.

Su tienda estaba demasiado cerca de la ciudad. Erigió un altar y lo llamó El-Elohe-Israel, "Dios, el Dios de Israel". Fue el primero de los altares suyos, pero construido donde no ha debido estar y con un nombre que no correspondía. Jacob asoció su propio nombre con un altar para Dios. Más adelante levantaría otro, llamado apropiadamente "la casa de Dios".

Y sigue ahora la triste historia del capítulo 34. Al acomodarse en Siquem, parece que Jacob estaba pensando más en el bienestar de su ganado que en el de la familia. Es decir, una vez más asigna más importancia al aprovechamiento económico que a las consideraciones espirituales. Nosotros los padres no debemos estar indiferentes a cómo es el vecindario y cómo es la sociedad que están impactando sobre nuestros hijos.

Pronto Dina, hija de Jacob, decidió "ver a las hijas del país". Fue consecuencia de estar viviendo cerca de la ciudad. ¿Por qué lo permitieron los padres de la señorita? ¿Y sin ninguna advertencia? Las consecuencias fueron desastrosas; la historia tradicional se repitió. El joven Siquem se enamoró de la muchacha, Dina perdió su virginidad, Simeón y Leví se prestaron a ser instrumentos de crueldad y el nombre de Jacob olió mal olor en la tierra. Ciertamente, el pecado de Siquem fue vengado, pero por un crimen mayor que el pecado que él había cometido. Dios revolvió el nido de Jacob.

Cualquiera que haya sido su plan, se hizo obvio que él no podía continuar en el territorio. Por lo tanto, el capítulo 35 comienza con Dios diciéndole: "Sube a Bet-el, y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que te apareció cuando huías". Fue una reprimenda y a la vez una orden. Si hubiera ido directamente a Bet-el, como ha debido, su familia hubiera sido guardada de tentación en Siquem y él de la vergüenza que manchó su testimonio.

Su altar en Siquem parece haber sido poco más que una forma exterior de adoración. Es más: hay por qué pensar que él sabía de los dioses extraños en su hogar. Está claro que Jacob era descuidado en el gobierno de su familia.

Jacob en Beerseba

La supuesta muerte de su hijo predilecto fue un golpe severo para Jacob; las noticias traídas por los otros hijos hicieron saber la profundidad de su amor para José. Vamos a pasar por encima de los años de silencio en la vida de este hombre y llegar de una vez al día que recibió las buenas nuevas de Egipto y exclamó: "José mi hijo vive; iré, y le veré antes que yo muera", 45.28.

Esta sola cosa ocupaba su mente: "le veré". Parece que su juventud fue renovada ante esa expectativa. Notamos el afecto encerrado en las palabras "mi hijo". Sin embargo, Dios tenía en mente para Jacob algo más que simplemente ver a su hijo.

El primer versículo del próximo capítulo cuenta que "Israel" procedió a Beerseba y ofreció sacrificios al Dios de su padre. Posiblemente allí dio gracias a Dios por la grata noticia que le había llegado. Abraham había plantado un árbol en este lugar e invocó allí el nombre de Jehová Dios eterno, 21.33. Isaac levantó un altar en Beerseba y él también invocó el nombre de Jehová, 26.25, 26. Ahora Jacob hace lo mismo y recibe renovada confianza acerca de ir a Egipto que le fue prometida cuando iba rumbo a Padan-aram.

"Israel" viajó, pero la palabra de lo alto fue: "Jacob, Jacob, no temas ... yo descenderé contigo". Y fue con los suyos a Egipto.

Jacob en Egipto

Ahora nuestro protagonista tiene 130 años. Había vivido 77 en la casa de su padre, 20 en Padan-aram, 33 en Canaán de nuevo, y va a estar en Egipto por 17, para un total de 147 años.

José le presentó a su padre a Faraón, un príncipe con Dios llega a conocer a un príncipe de Egipto. De una vez Faraón le pregunta su edad, 47.8, y recibe la respuesta: "Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación".

El patriarca reconoció que su vida no había sido todo lo que ha podido ser. No hay en su respuesta una insinuación de falta de gratitud a Dios, sino que los fracasos estaban echando una sombra sobre su vejez. Los recuerdos le impulsaron a decir: "pocos y malos". Una vida larga era una de las bendiciones que Dios otorgaba a sus hijos terrenales.

José había vivido 17 años en casa de su padre, y ahora el padre va a vivir 17 con el hijo. Tenemos aquí un ejemplo del cuidado de los padres ancianos de parte de los hijos, cosa que no siempre se observa ahora. Es un hermoso atardecer a la larga vida de Jacob; sus canas no descendieron al sepulcro con dolor, como él temía en el 42.38.

Las postreras palabras a sus hijos no fueron todas de bendición. La visión del futuro y lo invisible se aclara cuando uno está acercándose al final de la peregrinación. Este hombre estaba persuadido que iba a morir en Egipto, y su postrimería fue pacífica. Hizo arreglos para su funeral, instruyendo a sus hijos a sepultar sus restos en Macpela.

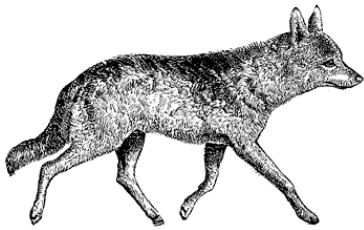
Una sana iniciativa en este sentido, hasta un punto prudencial, evita incertidumbre y problemas innecesarios para los dolientes. Jacob no vio el cumplimiento de todo lo que Dios había prometido, pero actuó por fe al bendecir algunos de sus nietos, apoyándose sobre el extremo de su bordón, Hebreos 11.21.

Hemos seguido a Jacob desde la casa de su padre en Luz a Padan-aram, Jaboc, Siquem, Canaán, Beerseba y hasta Egipto. Hemos sabido que su carrera fue una de reveses, confianza en la carne, restauración y paz al final. Hemos conocido a Jacob como un suplantador y como Israel con poder con Dios y los hombres. Le hemos visto en la escuela de Dios, y nos ha llamado la atención su disposición a ceder, su obediencia y sus triunfos.

Leemos que Dios le dijo: "No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel", 32.28, pero con todo encontramos la frase "el Dios de Jacob" más frecuentemente que "el Dios de Israel". Bien exclamó el escritor del Salmo 46: "Nuestro refugio es el Dios de Jacob".

José, el hermano separado

La historia de José, el décimo primero hijo de Jacob, es una de las más interesantes en la Biblia. Hay una sola referencia breve a él antes del relato que comienza cuando tenía diecisiete años y aquel que concluye con su muerte a la edad de ciento y diez. Los incidentes son quizás tan variados como los colores de la túnica que su padre hizo para este hijo favorito.



Aquella vida puede ser resumida en tres palabras clave: vendido, traicionado y exaltado. Fue amado de su padre, odiado de sus hermanos, comprado por los ismaelitas, traicionado por una egipcia, encarcelado por un rey, honrado por el mismo, y bendecido de Dios.

La historia comienza con una diligencia a exigencia de su padre para conocer la suerte de sus hermanos, y desde ese punto en adelante vemos la mano de Dios en todo detalle de su vida. Todo se conformó con el diseño del tejedor divino, y bien sabemos que en los tapices suyos los hilos oscuros son tan necesarios que los de oro y plata.

El registro bíblico no narra nada desfavorable acerca de José, y él es posiblemente el más perfecto tipo del Señor Jesucristo en toda la Palabra de Dios. Su nombre significa "añadirá", y José añadió a su nombre a lo largo de sus muchos años y carrera diversificada. Génesis 39.3 afirma que Jehová hacía prosperar todo lo que este hombre hacía. Vemos en su historia un cumplimiento de palabras dichas unos quinientos años más tarde: "Yo honraré a los que me honran", 1 Samuel 2.30.

Amado de su padre

José era el penúltimo en una familia de doce varones. Su padre Jacob le amaba mucho, y Génesis 37 relata que, como gesto de amor, hizo para José una túnica de diversos colores. Esto le diferenciaba de sus hermanos, cuya ropa sería ordinaria, si no inferior. La túnica era un testimonio público de que José era el hijo favorito. Posiblemente su padre le amaba por ser el primogénito de Raquel, la amada esposa de Jacob, o posiblemente porque nació cuando su padre era ya mayor, en términos comparativos.

Aunque Jacob le tenía un cariño especial, es evidente que sus otros hijos también gozaban de su afecto. Jacob le mandó a José en una marcha larga a Siquem para inquirir por el bienestar de sus hermanos. El joven estaba dispuesto hacerlo, aunque sin duda ya había sentido que le aborrecían.

Cuando hay varios hijos en la familia, no es cosa rara que uno o ambos padres sientan mayor afecto por uno que por otro. Este sentimiento debe ser suprimido en lo posible. Puede o no que la preferencia tenga razón de ser, pero manifestarla sólo va a incitar celos.

Parece que Jacob fue imprudente al hacer la túnica. Dio lugar a rencores, y el día llegó cuando los varios hermanos se la quitaron, 37.23. "Enviaron la túnica de colores, y la trajeron a su padre, y dijeron: Esto hemos hallado; reconoce ahora si es la túnica de tu hijo, o no". Nada de "la túnica de nuestro hermano", sino "de tu hijo".

No es frecuente que un complot sea tan exitoso, pero este es el primer incidente en la realización de los propósitos de Dios en y por medio de José. Jacob creyó la evidencia; vio la túnica y la sangre con que fue teñida. Varios años antes, él había engañado a su propio padre al usar pieles de cabritos para cubrir sus manos, y ahora su pecado lo ha descubierto.

Odiado de sus hermanos

Los sueños de José eran otra causa de amargura. Leemos en Génesis 37:5: "Soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos; y ellos llegaron a aborrecerle más todavía". Esto fue después de que Jacob había hecho la túnica, y sirvió para empeorar la situación. Luego otro sueño y su interpretación hicieron arder aun más sus corazones. Su padre observó lo que fue dicho pero también reprendió al hijo por haber contado su sueño.

Sin embargo, los sueños fueron dados por Dios y eran proféticos. José fue enviado a conocer la condición de sus hermanos, y al ver ellos que venía, sin duda reconociendo de lejos la túnica, dijeron entre sí: "He aquí viene el soñador". La historia narra que todavía otro color fue añadido a esa prenda: fue teñida en sangre. Devino en el símbolo de la vida de José. "La envidia es carcoma de los huesos. ¿Quién podrá sostenerse ante la envidia?" Proverbios 14.30, 27.4.

Como es frecuentemente el caso en el aborrecimiento humano, los hermanos de José buscaron una oportunidad para abusar de él, y la oportunidad se presentó. Tal fue su odio que decidieron matarlo. Cuando Rubén lo supo, se opuso, aun siendo hombre tan inestable como el agua. Asumió liderazgo y propuso que su hermano fuese echado en una cisterna. Él tenía dos motivos: pensaba volver y liberar a José, y estaba preocupado por cómo todo esto iba a afectar a él mismo: "¿Adónde iré yo?"

Mientras tanto, llegó una caravana de ismaelitas, rumbo a Egipto con mercadería. Judá propuso vender a su hermano, y aparentemente Rubén no estaba presente en ese momento. Vemos cuán débil de carácter era él y cuán carentes de principios sus hermanos. No sabemos cuánto tiempo pasó José en esa cisterna, pero siglos después Esteban dijo en Hechos 7.9: "Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto; pero Dios estaba con él". Perdió su túnica, pero no así la presencia de Dios con él. Los hermanos no solamente engañaron a su padre, sino también le causaron angustia por muchos años. Dijo: "Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol", 37.35.

En casa de Potifar

Los hermanos vendieron a José por veinte piezas de plata. Si dividieron la suma en partes iguales, cada uno recibió apenas dos piecitas. Los madianitas a su vez entregaron el preso a un oficial egipcio llamado Potifar, y sin dudo fue buen negocio para ellos vender a un mozo de diecisiete años. José no contaba con su túnica ahora, sino con algo mejor: "Jehová estaba con José, y fue varón próspero", 37.2. Aun siendo un esclavo hebreo en casa de un egipcio bien acomodado, él gozaba de compañerismo divino. Su perspectiva parecía ser buena; su amo le puso sobre todos sus bienes.

El joven era de gallarda figura y de hermoso parecer. La Palabra de Dios relata que la esposa de su amo intentó seducirlo. José rechazó su propuesta y dejó una declaración que nosotros debemos llevar muy en mente: "¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?"

Por segunda vez José perdió su túnica, sin duda de calidad. Huyó de la tentación, y la mujer lo asió por su ropa; él se quedó sin ropa pero con su carácter intacto. José puso por obra lo que Pablo instó a los santos siglos más tarde: "Huid de la fornicación".

Y por segunda vez la ropa de José fue usada como falso testimonio en su contra. Aparentemente Potifar creyó la historia que le fue contada. "Tomó su amo a José, y lo puso en la cárcel, donde estaban los presos del rey". Y justamente en el versículo que sigue leemos: "Pero Jehová estaba con José".

Así, él dejó la casa de Potifar con las mismas palabras registradas acerca de él cuando entró: el Señor estaba con él. Pronto ganó el favor del carcelero. "Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él". No obstante las circunstancias contrarias, José fue ascendido.

El copero en jefe y el panadero en jefe estaban entre los presos. Un día vieron que José estaba triste, y preguntaron por qué. Cuando les contaron sus propios sueños, el soñador interpretó sueños. El panadero fue ahorcado y el copero restaurado a sus funciones. José se aprovechó de la oportunidad y pidió a este último: "Acuérdate de mí cuando tengas ese bien". No hizo mal al pedir esa libertad de su encarcelamiento injusto, pero la naturaleza humana se hizo evidente, porque "el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que le olvidó". La ingratitud caracteriza los días postreros, 2 Timoteo 3.2.

José había aprendido la verdad de Isaías 2.22: "Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz". Sin duda había confiado en la integridad del copero, y día tras día había esperado buenas noticias, pero su suerte iba a ser la de pasar dos años más en esa prisión, y no es de dudar que fueran años difíciles de llevar. Él no sabía que Dios estaba esperando el momento oportuno, y bien ha dicho alguien que Él nunca se atrasa ni se adelanta.

Si José hubiera sido excarcelado poco después de salir el copero, hubiera sido prematuro en los propósitos de Dios. Hubiera estado en libertad, pero probablemente poco más. Posiblemente hubiera intentado volver a la casa paternal, pero desde luego esto es sólo suposición. Definitivamente José iba a salir libre, pero solamente en el momento que Dios tenía previsto.

Él iba a enviar hambruna y Faraón iba a soñar. La mente del copero empezó a reflexionar, y él se acordó de su falta. Buscaron al preso José, quien expuso el sueño. Todo estaba acorde con el plan de Aquel que "hace todas las cosas según el designio de su voluntad", Efesios 1.11.

La lección que debemos aprender es que nuestro Padre se rige por un calendario. Los acontecimientos en nuestro relato tuvieron lugar "cuando se acercaba el tiempo de la promesa", Hechos 7.17. La aflicción de José llegó a su fin cuando Dios quiso: "Hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de Jehová le probó", Salmo 105.19.

Habiendo oído el sueño, José le da al rey un mensaje triple de parte de Dios. Dijo que Dios le había mostrado a Faraón lo que iba a hacer y cómo debía proceder. Faraón reconoció que efectivamente Dios le había hecho saber todo esto a José, y encontramos que éste fue honrado sobremanera.

Segundo en el reino

Faraón reconoció que la sabiduría de José era de origen divino, y por esto lo puso de gobernador sobre todo Egipto. Las aflicciones de José habían pasado; a la edad de treinta años era el primer ministro. De muchacho pastor, a través de mucha tribulación, ascendió a ser (aparentemente por ochenta años) gobernador de la nación más avanzada de su tiempo. Esta posición fue lograda con base en su valor personal, si bien todo el tiempo Jehová estaba con José. En el 41.42 leemos que "Faraón quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José; y puso un collar de oro en su cuello ... y lo hizo vestir de ropa de lino finísimo, y puso un collar de oro en su cuello".

Una vez más José se había mudado de ropa. Primero tenía la túnica de varios colores que su padre había hecho; luego el uniforme de un supervisor en la casa de Potifar; y entonces un cambio repentino al atuendo de un preso en la cárcel. Finalmente, ostentó ropas de lino muy fino que nunca le serían quitadas. Fue honrado de Dios porque había honrado a Dios. Faraón le dio un nombre nuevo a José, el de Zafnat-panea, que quiere decir un revelador de secretos. También le dio de esposa a Asenat, hija del un sumo sacerdote de On. La experiencia en los años con Potifar, como también los sufrimientos en la cárcel, le capacitó para su responsabilidad nueva.

Es demasiado común que el orgullo se manifieste cuando un hombre es exaltado repentinamente a una posición de dignidad. No fue así con José, ni más adelante se aprovechó de su autoridad con castigar a sus hermanos por lo que habían hecho. Aborrecían a José, de manera que daban por entendido que él sentiría lo mismo para con ellos. Pero eso no era el carácter del hombre que había pasado por la prueba de un encarcelamiento injusto y ahora por la de la prosperidad. La cisterna y la cárcel le prepararon para el cuello de oro. En la cisterna se dio cuenta del odio que sentían sus hermanos; en la cárcel aprendió la fidelidad de Dios; ahora, condecorado, iba a aprender la soberanía de Dios. José era paciente y honesto, bien en la casa de Potifar, en la prisión o en el palacio de Faraón.

Dios tenía en mente una gran obra para este hombre. Sería la de salvador. También, estaba en los propósitos de Dios que fuese reunido con su padre y sus hermanos. La verdad es más extraña que la ficción, y esto se ve en las circunstancias tan llamativas que condujeron a la reconciliación de la familia. Los sueños de José fueron cumplidos. Aun cuando hubo un lapso cuando sus hermanos no estaban dispuestos a oírle, llegó el tiempo cuando lloraban a sus pies. Más adelante el carácter noble de nuestro protagonista brilló a través de sus palabras: "Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo caminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo".

Gloria y bendición

José vivió por más de sesenta años después de la hambruna, pero poco leemos de él en esa etapa. Recibió el doble de la herencia que le correspondía, y la prole de sus hijos -- Efraín y Manasés -- fue reconocido entre las doce tribus de Israel.

"Habitó José en Egipto, él y la casa de su padre", 50.22. No diríamos que fue por gusto propio. No era su posición exaltada que lo guardó allí, ni los honores que habrá disfrutado todavía. Él sabía de la promesa que Dios le hizo a su padre en Beerseba: "Yo descenderé contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y la mano de José cerrará tus ojos".

Los propósitos de Dios tendrían todavía otro cumplimiento después de la muerte de José. "Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos", Hebreos 11.22. Jacob tenía doce hijos, algunos de ellos de renombre, pero solamente éste recibe mención en los actos de fe narrados en Hebreos 11.

Él tenía una convicción firme que Dios cumpliría su promesa. De ninguna manera sus trece años de aflicción habían debilitado su confianza en Dios, sino la habían fortalecido. La prosperidad suele alejar a uno de nuestro Padre, pero así no fue con José. Aunque más de doscientos años habían transcurrido desde que Dios hizo la promesa a Abraham, José confiaba que la iba a cumplir.

El escritor a los Hebreos bien ha podido mencionar varios incidentes, actos de fe, en la vida de José, pero el Espíritu Santo escoge solamente dos: la mención de la salida de los israelitas y la orden respecto a sus huesos. José era un verdadero hebreo (uno que cruzaba al otro lado) hasta el día de su muerte. Hizo que los hijos de Israel juraran, diciendo: "Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos", 50.25. Sin duda ha podido mandar que se levantara un gran monumento sobre su tumba, al haber sido sepultado en Egipto, pero su fe en Dios era más fuerte que cualquier ambición terrenal. Sus nobles palabras están registradas para nuestra instrucción: "Yo voy a morir, mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob".

No quería que sus huesos se quedaran en Egipto, de manera que Moisés los llevó consigo aquella noche memorable en que los hijos de Israel salieron de ese país. Los israelitas llevaban aquellos huesos en sus caravanas a lo largo de todos aquellos años de peregrinación. Esto nos trae a la mente, claro está, las palabras de 2 Corintios 4.10: "llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos". Aun cuando los hijos de Israel llevaron aquellos huesos a Mara, Refidim y tantas otras partes, no leemos que en todas sus murmuraciones se hayan acordado

de José. Aquellos restos han debido ser para ellos lo que la cena del Señor es para nosotros: un recordatorio precioso.

Por fin llegaron a la tierra prometida, y "enterraron en Siquem los huesos de José ... en la parte del campo que Jacob compró ... y fue posesión de los hijos de José", Josué 24.32. Probablemente esto no quedaba lejos de la cisterna donde sus hermanos lo habían metido muchos años antes. Así, Génesis termina con un ataúd en Egipto y el libro de Josué (el Efesios del Antiguo Testamento) con los huesos del patriarca enterrados en Canaán. En la vida de Josué aprendemos que la humildad viene antes de la honra, Proverbios 15.33, y "mejor es el fin del negocio que su principio", Eclesiastés 7.8

Moisés, el siervo de Dios

El título del Salmo 90 designa a Moisés como varón de Dios; en Deuteronomio 34.5, al cierre de su vida, es el siervo de Jehová; en Josué 1.2 Dios se refiere a él como "mi siervo". Se ha dicho que es el personaje sobresaliente de la historia, sagrada o profana. Por lo menos podemos decir que posiblemente no hubo otro mayor desde Adán hasta Cristo. Hasta el sol de hoy los judíos hablan reverentemente de él, y algunos se quitan el sombrero a la mención de su nombre.

Nacido bajo la sentencia de muerte, Moisés era hijo de esclavos en Egipto, pero con todo llegó a ser hijo de una princesa. Heredó pobreza, luego riqueza y posición. Vivió en gran lujo y después fue pastor por cuarenta años al lado de un desierto. Más adelante fue el salvador de su pueblo y su líder en adversidad. A la edad de 120 años subió al Nebo a pie en plena energía de espíritu para morir en soledad conforme al placer de Dios. Moisés fue escogido de Dios para una gran obra.



Era muy manso, más que todos, pero un líder sin temor. Era un mediador, intercesor y legislador. La fe gobernaba su corazón y controlaba su vida. Moisés es uno de pocos en la Escritura cuya vida se traza desde el nacimiento hasta la muerte, y más allá de la muerte, porque le vemos en el Monte de Transfiguración con el Señor Jesús y su nombre figura en el libro de Apocalipsis.

"Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey", Hebreos 11.23. Amram y Jocabed manifestaron su fe al no tener temor, y también al ver a su hijo como "niño hermoso". Esteban nos informa que era agradable a Dios, Hechos 7.20.

Esta fe les guió a esconder al niño por tres meses y luego dejarlo en un carrizal junto al río, que en realidad fue encomendarlo en la mano de Dios. Esta madre no era sólo una mujer de fe sino un diplomático también. Lo vemos en haber puesto el arca donde sería detectada por alguien del hogar de Faraón, y en haber enviado a su hija a ver qué iba a suceder.

Esteban, citado ya, divide la vida de este hombre en tres lapsos de cuarenta años; vv 2, 30 y 36: cuarenta en el corte de Faraón, cuarenta en Madián y cuarenta en el desierto al frente del pueblo de Dios. Sabiamente se ha dicho que pasó cuarenta años aprendiendo ser alguien, cuarenta aprendiendo no ser nadie y cuarenta mostrando qué podía hacer Dios con un nadie. Estudiaremos la vida de este hombre en estos tres períodos.

Moisés en la corte de Faraón

No sabemos por cuánto tiempo Jocabed cuidó al niño en el palacio de Faraón, ni a qué edad lo entregó a la hija de aquél. Éxodo 2.10 relata que el niño creció y aquella princesa lo prohió y le puso por nombre Moisés, diciendo: "porque de las aguas lo saqué". Sin duda su madre le habrá contado acerca de Dios y sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob. (En aquel entonces no había una Palabra de Dios documentada). Le habrá contado al chiquillo cómo

ella y su padre lo habían puesto en el arquilla, y su vida fue salvada al ser descubierto. Sin duda relataría la opresión de los israelitas, y el pequeño meditaría todo esto en su corazón. Estamos sugiriendo estos detalles, porque no contamos con un "escrito está" acerca de esa experiencia.

Criado en la corte, en la nación más avanzada de la época, "fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras". Este comentario de Esteban quiere decir que el joven adquirió conocimientos de los artes de aquel entonces, tales como la geometría, literatura, música y medicina. En cuanto a la religión egipcia, es probable que la aborreciera. El corazón de Moisés no estaba en estos grandes logros, sino en algo que estimaba ser mucho mayor que la corte de Faraón.

Hebreos presenta esa realidad de una manera hermosa, apuntando siete cosas que Moisés hizo por fe. Aquí encontramos el primer gran punto crucial en su vida. "Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible".

Estos hechos han sido seleccionados y registrados en el Nuevo Testamento para nuestra instrucción; son cualidades sobresalientes en este hombre de fe.

Primeramente, rehusó ser llamado hijo de la hija del rey. No todos los que tienen fe la tienen para rechazar lo que les beneficia en esta vida, pero para Moisés no era cuestión de agradarse a sí mismo; no le interesaba una buena posición social en el mundo. Rehusó ser llamado su hijo simplemente porque no lo era. Algunos dirían que el nombre de uno no es significativo, pero Moisés asignó mucha importancia a su apellido, y no quería mantener una relación con la hija de Faraón. Le costó los tesoros de Egipto.

Rechazar las atracciones del mundo requiere tanto fe como coraje; es más fácil acomodarse al ritmo de la época. Moisés no quería una identificación que no correspondía a la realidad, y nosotros, por nuestra parte, queremos llevar en mente que Dios nos ha dado tan sólo el nombre de cristianos, los que son de Cristo.

Moisés no solo rehusó; él escogió también; las dos posturas van juntas. Uno puede rechazar algo sin necesariamente optar seguir al Señor, pero este hombre escogió identificarse con un pueblo perseguido. El complemento de esto en el Nuevo Testamento es 2 Corintios 6.17: "salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré". Moisés pagó un precio por su elección, y así será también con todos los que obedecen el llamado que hemos citado.

El próximo punto es que estimaba este reproche de Cristo como de mayor valor que los tesoros egipcios. Él midió el presente a la luz del futuro, y encontró que el reproche era la mayor ganancia aunque por el momento arrojaba pérdida. "Tenía puesta la mirada en el galardón", y asignaba poca importancia a lo demás. Así era Pablo también; él siempre tenía por delante la venida del Señor y el tribunal de Cristo. Creemos que se ajusta a la Palabra de Dios llevar en mente el galardón celestial, pero que no debe ser el motivo de nuestro servicio y separación del mundo.

Moisés en Madián

Cumplidos los cuarenta años, le vino al corazón visitar a los israelitas, Hechos 7.23, y así la segunda parte de la vida de Moisés comenzó con el hombre de fe actuando según los impulsos de la carne. Es cierto que escogió sufrir reproche con el pueblo de Dios, pero arrancó de mal pie. Los cuarenta años en casa de Faraón no le habían preparado para la obra que Dios le iba a dar. Si uno de nosotros hubiera escrito una biografía de Moisés, habiéramos incluido un par de capítulos sobre aquellos años, pero el Espíritu de Dios los asigna sólo unos pocos versículos.

"Salió a sus hermanos, y los vio en sus tareas", 2.11. Asumió por su cuenta la necesidad de hacer algo, y fracasó. Sin duda sus intenciones eran buenas al matar al egipcio, pero actuó en la carne. Sin duda fue fe que lo sacó de la corte para conocer a los suyos, pero el tiempo no había llegado todavía para que Dios los librara de la servidumbre en Egipto. Moisés fue prematuro en su primera iniciativa con su propio pueblo; todavía faltaban cuarenta años.

Había cursado cuarenta años en la escuela egipcia, y ahora tenía que cursar cuarenta en la divina, y esa escuela estaba al lado lejano del desierto. Así como con la primera fase, la información acerca de la segunda es escasa.

Moisés huyó, y habitó en Madián. Fue un punto crucial en su carrera, pero no sabemos por qué escogió Madián. Sea como fuera, su primer paso allí fue un acto de caballerosidad. Él ayudó a siete hijas del sacerdote del lugar a sacar agua para sus rebaños cuando una compañía de pastores nómadas las hubiera repulsado. Vemos en esto algo del carácter del hombre que Dios iba a llamar muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra. Su cortesía le fue recompensada; el padre de estas mujeres preguntó: "¿Por qué habéis dejado a ese hombre? Llamadle para que coma". Así que convino en morar con aquel señor, y se casó con su hija Séfora. Hecho esto, apacentaba las ovejas de su suegro Jetro y las sacó a través del desierto.

Desde los cuarenta años hasta los ochenta, en el lapso cuando la mayoría de los hombres están madurándose en su carrera, Moisés estaba cuidando ovejas en un lugar lejos de la civilización que conocía. Sería una vida solitaria, quizás con tienda por vivienda – un gran contraste con un palacio. En la Escritura cuarenta es el número de prueba, y para Moisés aquellos años eran de prueba de parte de Dios, y de Moisés en efecto probando a Dios. Nada se nos cuenta de sus experiencias. Si quería volver a Egipto, entonces aprendió la paciencia. Sin duda maduró, aprendió a no confiar en sí y a fortalecerse en Dios.

Entonces él tuvo la experiencia de la zarza encendida años antes, a lo mejor pensaba, "Yo soy el hombre", pero en el 3.11 exclamó, "¿Quién soy yo?" Ahora era precisamente el hombre que Dios podía usar en la misma obra que Moisés no logró hacer en su propia fuerza. Ahora estaba equipado de lo que Dios le había enseñado en el desierto. Ante la zarza aprendió reverencia, porque allí el Señor le dijo: "No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es". Aprendió una lección que muchos necesitan hoy en día: la santidad de Dios. Con esto recibió su comisión: "Ven ... te enviaré a Faraón".

La hora de Dios había llegado, y él estimuló a su siervo con la promesa: "Yo estaré contigo". Moisés no estaba listo todavía, así que Dios le dio tres señales. Las objeciones que puso han sido en principio las de muchos siervos del Señor. El yo fue un estorbo, el temor fue otro y la incredulidad el tercero. Otro, decía Moisés, pero yo no. Pero finalmente estaba dispuesto a volver el hombre que se había marchado de Egipto por fe, y había decidido partir su lanza en bien de sus hermanos perseguidos. Moisés, Séfora y sus dos hijos salieron de Madián rumbo a Egipto. El encuentro con su hermano Aarón tuvo lugar en el monte de Dios – un buen sitio de reunión.

La tercera fase

En el Libro de Éxodo los primeros ochenta años ocupan tres capítulos. El resto, los capítulos 5 al 40, y los Libros de Números y Deuteronomio, tratan de los cuarenta años restantes. Aprendemos en Éxodo 7.7 que Moisés era de ochenta años cuando habló a Faraón, y en Deuteronomio 34.7 que era de ciento veinte años cuando murió.

"Jehová respondió a Moisés: Ahora verás lo que yo haré a Faraón". No es nuestro propósito abundar sobre estos milagros; todos conocemos la historia de la resolución de Moisés, el compromiso del egipcio y la insistencia de Moisés. A lo largo de estos cuarenta años vemos a este hombre como el salvador, líder, mediador, intercesor y legislador. Hubo momentos de triunfo como también de fracaso. Aprendemos de lo sucedido en Mara, Elim, Horeb y en la guerra con Amalec, etc. Así como fue dicho de Elías, se ha podido decir de Moisés que era hombre de pasiones semejantes a las nuestras. Es acertado el adagio que uno no debe ser

evaluado por los accidentes de su vida sino por el tenor de su vida. Moisés ganó el título de ser varón de Dios.

Números capítulo 20 narra un mancha, cuando él falló de dos maneras. Dios le mandó hablar a la roca, pero la golpeó, y eso dos veces. También, al hablar al pueblo, no lo hizo respetuosamente y con autoridad, sino que les llamó rebeldes. Faltó en obediencia y reverencia. Dios no pasó por alto este pecado en su siervo, y Moisés pagó caro por lo que hizo. Dijo Dios: "Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado", 20.12. Dios lo humilló delante del pueblo.

El lado positivo del carácter de Moisés está a la vista en Números 12, donde leemos que María y Aarón hablaron en contra de él. Fue asunto de celos familiares prevaleciendo sobre el afecto natural. María poseía don y gracia, y también era profetisa. No estaba contenta con su posición, y resulta que no dominaba su lengua. Moisés dio un ejemplo sobresaliente de mansedumbre, sin decir una sola palabra de reproche cuando tenía por qué hacerlo. Un detalle importante en la narración es que el Señor estaba oyendo, y esto contaba por mucho más que Moisés haya podido decir. Él sufrió la contradicción de pecadores contra sí mismo, y Dios lo vindicó enteramente. María sufrió por su necedad; el juicio divino le cayó como rayo.

Muerte

Es conmovedor leer de la muerte de Moisés. Bien podemos preguntarnos qué eran sus pensamientos al subir las laderas del Nebo a la edad de ciento veinte años y en el vigor de la vida. Después de cuarenta años de servicio fiel a Dios, y habiendo conducido su pueblo hasta la entrada de la tierra prometida, sus esperanzas habían sido truncadas. Había suplicado: "Pase yo ... y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán", pero Jehová respondió: "Basta, no me hables más de este asunto".

Este es el Moisés que había rehusado llamarse hijo de la hija de Faraón, sufrido reproche con el pueblo de Dios, rechazado quedarse en Egipto, conducido al pueblo de Dios por el desierto y tolerado la conducta de ellos. Le animaba la perspectiva de entrar en una tierra que fluía leche y miel, pero más bien tiene que morir por mandamiento de Dios. El golpe ha debido ser duro, y por cierto el castigo parece severo, pero él había desobedecido la Palabra de Dios y manchado un tipo precioso.

Una vez más vemos las cualidades del más manso de hombres. Al haber conocido el himno, ha podido cantar: "Todo cuanto Dios permita obra para bien, y deseo solamente responderle: Amén". Desde ese entonces hasta ahora muchos han tenido una experiencia similar, quitados en medio de una obra en progreso. Algunos han inclinado la cabeza y dicho: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Podemos estar seguros de que en muchos casos la compensación será completa aun cuando la obra en mano quedó incompleta.



Moisés es el único que Dios sepultó. Su servicio funerario fue conducido en silencio y su sepulcro quedó sin lápida. Así terminó la vida de uno de los hombres más grandes de la tierra.

Pero Dios le tenía todavía más honra para Moisés. Quince siglos más tarde, aparecieron él y Elías hablando con Cristo, Mateo 17.3. El anhelo de Moisés fue satisfecho: estaba parado sobre otro monte, en la tierra en la cual deseaba entrar cuando aquí en el mundo. Y también, antes de que se quede inmóvil la pluma de la inspiración, leemos en Apocalipsis 15.3 de aquellos que cantaron el cántico de Moisés. Este hombre disciplinado fue honrado en su muerte, entierro, presencia con el Señor Jesús y en el cielo.

Caleb, el hombre que siguió plenamente

Josué y Caleb eran colegas y ambos hombres de fe. Varias veces figuran juntos, y en todo caso salvo dos Caleb es mencionado primero.

En la juventud

Aparentemente el nombre Caleb se deriva del hebreo *keleb*, que quiere decir un perro. En el Nuevo Testamento el perro está asociado con los gentiles, "Guardaos de los perros", Filipenses 3.2. Es obvio que Caleb era de origen gentil. En quince de casi treinta referencias a él, está designado como hijo de Jefone, y en tres de estas Jefone está identificado como un cenezeo. Sin embargo, Caleb no era ningún forastero, sino ciudadano de Israel. Contaba con una posesión entre los hijos de Judá conforme al mandamiento del Señor en Josué 15.13.

Probablemente su padre había migrado de Canaán y, de alguna manera que no sabemos, se afilió a la tribu de Judá. Oportunamente, y quizás por alguna hazaña, Caleb llegó a ser gobernante y juez, 14.26. Escogido por Moisés como el delegado de aquella tribu, él fue con once más a reconocer la tierra de Canaán. En Mateo 15.27 leemos de una mujer cananea que dijo: "aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos". Así, este hombre de origen gentil gozaba de prominencia en Judá.

A los 40 años

El nombre y el carácter de Caleb concuerdan perfectamente. Se dice que el perro es el único animal que dejará a los suyos para seguir a un hombre. El sentido de Jefone es "estará preparado", y esta preparación quedó manifiesta en su hijo Caleb. Esta virtud está evidente en Números 14.24, que habla de "mi siervo Caleb" en quien hubo un espíritu diferente de aquel de otros espías; en Deuteronomio 1.36, "ha seguido fielmente a Jehová"; y también en Josué 14.8,9,14

Lo encontramos primeramente en Números capítulo 13, donde estaba dispuesto a dar un buen informe acerca del reconocimiento de Canaán, y así infundir confianza en el pueblo, cuando otros querían perturbarlos debido a su falta de fe. Sus acompañantes habían diluido el coraje del pueblo de Dios, pero Caleb dijo: "Subamos luego, y tomemos posesión de ella, porque más podremos nosotros que ellos".

Es así todavía; la mayoría quieren desanimar, pero en los anales de la Escritura rara vez la mayoría tiene la razón. "Un hombre más Dios son mayoría". Caleb declaró lo que estaba en su corazón, y no lo que pensaba que Moisés quería oír, ni lo que él pensaba sería aceptable a su auditorio. No buscaba complacer, ni temía contradecir.

A los 85 años

"Mejor es el fin del negocio que su principio; mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu", Eclesiastés 7.8. Leemos en Números 14.38 que Caleb vivía todavía, y habló de nuevo: "Jehová me ha hecho vivir estos cuarenta y cinco años ... Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió"; Josué 14.10,11. La devoción al servicio de Dios lo había preservado de indulgencias que posiblemente lo hubieran perjudicado, a los ochenta y cinco años él estaba aún en condiciones para servir. Para llevar esto a nuestros tiempos y darle una aplicación espiritual, vemos a un creyente mayor en el rocío de su juventud, sano y salvo, corriendo la carrera y guardando la fe.

Toda su vida Caleb siguió al Señor con convicción, propósito e integridad. Todo lo dicho acerca de él lo favorece. Pidió: "Dame, pues, ahora este monte. Quizás Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho", 14.12. No sería cosa fácil, porque había gigantes allí, pero en la vejez Caleb confió en Dios al igual que había hecho cuando joven. Leemos entonces que arrojó a los tres hijos de Anac.

A los 105 años

Veinte años más tarde Caleb estaba activo todavía en la obra del Señor. Leemos en el primer capítulo de Jueces que ofreció la mano de su hija Acsa al varón que conquistara Quiriat-sefer, que quiere decir una ciudad de libros o instrucción. Sería un premio deseable para ser logrado por cualquiera de nosotros. Su sobrino Otoniel logró hacerlo y recibió lo prometido.

Después de este episodio, Acsa pidió una bendición de su anciano padre quien la había dado en matrimonio. Quería un suministro de agua, y él le dio fuentes de agua. Por nuestra parte, requerimos que nuestras bendiciones espirituales sean regadas por la Palabra de Dios.

Es positivo cuando un hijo de Dios avanzado en años pase sus responsabilidades a la generación siguiente. Legados espirituales no deben morir con nosotros, sino que la generación emergente debe recibir el beneficio de la experiencia ganada por la anterior. El nombre de aquella ciudad fue cambiada a Debir, que quiere decir un oráculo o lugar de comunicación. Fue bueno el cambio; una vez recibida la instrucción, uno debe compartirla. Posiblemente el silencio en algunas partes se deba a que sabemos poco. En nuestro relato, el hombre que seguía plenamente al Señor estaba en condiciones de instruir a otros.

Josué, el ministro hecho líder

Dios entierra a sus obreros y prosigue con su obra. Las Escrituras narran varios casos de sucesión espiritual, como por ejemplo Génesis 25.11 donde "sucedió, después de muerto Abraham, que Dios bendijo a Isaac su hijo", y en 26.18, "volvió a abrir Isaac los pozos de agua que habían abierto en los días de Abraham su padre". Leemos que en otro tiempo Elías derramó agua en las manos de Eliseo, 2 Reyes 3.11, 16; al ser llevado al cielo su maestro, este último asumió su manto e hizo las mismas cosas que Elías había hecho. En el caso de Timoteo, Pablo escribió: "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros", 2 Timoteo 2.2.

La responsabilidad de Josué fue la de asumir la carga que Moisés dejó; era grande la comisión suya, la de poseer la tierra. Moisés había muerto cuando aparentemente la nación más lo requería. Es claro que la gente aceptaba el liderazgo de Josué, y que él aceptaba la gran responsabilidad que le era impuesta. Por unos veinticinco años (según las fechas anotadas en nuestras biblias) Josué condujo el pueblo de Dios de triunfo en triunfo en la conquista de Canaán.

Su nombre era originalmente Oseas, Números 13.8, pero Moisés lo cambió a Oshua, y así llegó a ser Josué, que en el griego es Jesús y quiere decir "Jehová el Salvador". La cuestión de escoger es muy prominente en la vida de este hombre. Primeramente, Moisés lo escogió para encabezar la lucha contra Amalec, y luego él mismo escogió a hombres para ocuparse en esa pelea. Más adelante, Moisés escogió a Josué para acompañar a otros a la tierra de Canaán, y a su vez "escogió Josué treinta mil hombres fuertes", 8.3. Al cierre de su vida le escuchamos decir al pueblo de Dios que escojan, y les hace saber cuál fue su propia decisión.

Consideraremos brevemente el comienzo, la formación, el liderazgo y el fin de este hombre,

La **primera mención** de Josué se encuentra en Éxodo 17: "Dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec". No se nos explica por qué Moisés escogió a Josué a guerrear, aunque otra honra le fue conferida posteriormente. Tenía unos cuarenta y cinco años en esa ocasión y quizás Moisés había notado ciertas cualidades que lo capacitaban para encabezar la lucha. Fue la primera guerra de Israel en Canaán; el enemigo fue Amalec, un tipo de la carne. No se contemplaba rendirse ni arreglar el asunto a medias; no se haría la paz con ese enemigo, cualquiera el costo. "Y Josué deshizo a Amalec".

A menudo podemos aprender algo de la ley de la primera mención, y aquí vemos que debemos conquistar la carne para estar en condiciones de emprender más servicio. Sin duda **la preparación** de Josué comenzó antes de esta guerra. Josué era servidor de Moisés, Éxodo 24.13, Números 1.28, Josué 1.1, y habrá aprendido mucho al ver el comportamiento del

varón de Dios. Encontramos a los dos subiendo el monte juntos, y después, cuando Moisés volvía al campamento, "el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo".

Números 27.18 al 23 relata el nombramiento a ser el **líder** de su pueblo: "Toma a Josué ... varón en el cual hay espíritu [preferible aquí una *E* mayúscula], y pondrás tu mano sobre él ... y pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezcan". Es evidente que su investidura fue de parte de Dios y no de Moisés. El liderazgo es de suma importancia, y es exitoso sólo si está aprobado de Dios.

Le quedaba a Josué más que aprender, aun nombrado a conducir al pueblo. Cuando estaba junto a Jericó, estudiando sus muros impenetrables y portones gigantescos, bien ha podido preguntarse cómo la ciudad podría ser conquistada. En esto, levantó la mirada y por revelación divina vio a un varón que portaba una espada desenvainada. En vez de ocuparse de Jericó él contempló al mensajero celestial y demandó saber su identidad, 5.13 al 15. El desconocido se declaró ser capitán del ejército de Jehová. Josué se sometió a sus órdenes y estaba dispuesto a enfrentar a Jericó, ya no por cuenta propia sino confiando en la fuerza y los recursos del Príncipe. El calzado quitado de sus pies, y sobre tierra santa, aprendió cómo proceder. Su preparación estaba completa.

"Los de Hai mataron de ellos a unos treinta y seis hombres, y los siguieron desde la puerta ... Y Josué dijo: ¡Ah, Señor Jehová! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en las manos de los amorreos?" 7.5,7.

Josué tenía sus **defectos**. Casi le echó la culpa a Dios por la derrota en Hai. Se enfocó en el efecto y no la causa de lo sucedido. Lo pesaba la derrota y no la razón. Luego vio la mano de Dios en aquel desastre y aprendió que se debió a la desobediencia. Sin demora, se levantó temprano el día siguiente para tratar con el pecado.

En la cuestión de los gabaonitas, Josué no estaba libre de culpa porque no buscó consejo a Dios, 9.14. Es cierto que no leemos de desaprobación de parte de Jehová, pero parece que fue un error tener trato con ese pueblo. Ellos fueron engañosos, y Josué y los ancianos se dejaron guiar por lo que vieron. Tengamos cuidado cuando el enemigo se presenta como ángel de luz. ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? Posiblemente Josué no vio el asunto como suficientemente importante para ameritar pedir la mente del Señor, pero en realidad él estaba desprevenido. La lección aquí es que no hay nada tan trivial como para no ser presentado ante Dios.

Josué **terminó** triunfantemente. El último capítulo del libro que lleva su nombre cuenta que reconoció: "Yo estoy para entrar hoy por el camino de toda la tierra," 23.14. Él conocía los corazones del pueblo y por esto dejó en claro que no era poca cosa para ellos servir al Señor. Su reto lo encontramos en el capítulo 24, donde les recuerda qué había hecho Dios por ellos y prosigue: "Os di la tierra por la cual nada trabajasteis", y "... escogeos hoy a quién sirváis". Con esto agregó a título de estímulo: "Yo y mi casa serviremos a Jehová".

La vida piadosa y uniforme de este hombre arrojó una influencia beneficiosa sobre el pueblo de Dios. "Sirvió Israel todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué". Así ha sido siempre; la influencia de un hombre o una mujer bueno se hace sentir mientras viva y en generaciones posteriores.

Jabes, el bebé de tristeza

"... al cual su madre llamó Jabes, diciendo: Por cuanto lo di a luz en dolor. E invocó Jabes al Dios de Israel, diciendo: ¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe! Y le otorgó Dios lo que pidió", 1 Crónicas 4.9,10.

El Primer Libro de Crónicas comienza con "Adán, Set, Enós" y continúa con 141 versículos que contienen muchos nombres, algunos de ellos difíciles de pronunciar. Después de ellos

hay una referencia abrupta a Jabes y su oración. Su biografía consta de sesenta y dos palabras. Es una historia breve como un oasis en el desierto, una fuente de agua refrescante en un desierto, o por lo menos en medio de genealogías que muchos considerarían tediosas.

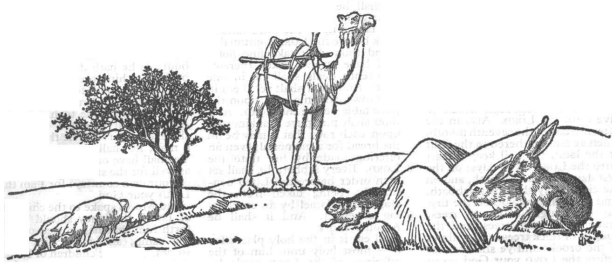
El nombre de una persona en la Palabra de Dios suele ser significativo. Su madre le llamó Jabes – "él trajo tristeza" – porque le parió con dolor. Poco pensaba ella en ese momento que él iba a ocupar un puesto de honor en las crónicas inspiradas de los hombres de Israel.

Todo lo que sabemos de este hombre se encuentra en estos versículos. Era conocido por su humildad, oración y justicia. Era más ilustre que sus hermanos, aun cuando no leemos que ellos no eran honorables. A lo mejor sí eran. No nos está dicho de qué manera él era más ilustre, pero su oración nos da la clave.

No sabemos precisamente dónde vivía Jabes, aunque parece que fue en un tiempo en que se estaba tomando posesión de la tierra de promisión. Es probable que haya sido contemporáneo de Caleb y Josué. El Espíritu Santo le señala como uno que invocaba al Dios de Israel. Aun cuando nacido en tristeza, Jabes buscaba mejorarse; no era un hombre cualquiera.

El primer versículo del capítulo parece dar a entender que era de la tribu de Judá. Ahora, al nacer Judá, su madre Lea dijo: "Esta vez alabaré a Jehová"; por esto llamó su nombre Judá. Es de notar el contraste entre los dos nacimientos y entre los nombres que las madres escogieron.

Algunas vidas comienzan en tristeza y terminan en gozo. Sea cual fuere que haya faltado en la vida de Jabes, él lo llevó a Dios en oración. Invocó a Dios del pacto, el de Abraham, Isaac y Jacob. Hoy en día nos dirigimos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando al Padre a través del Hijo.



Sería difícil encontrar en las Escrituras una oración más enfocada y específica que la de Jabes. Se caracteriza por confianza, sencillez, precisión y brevedad. En pocas palabras él pidió prosperidad, preservación y paz. Jabes manifestó humildad, incapacidad y confianza en Dios. Él deseaba estar bien ante Dios, gozar de comunión y estar en buena condición de alma.

Dios le concedió lo que pidió. Quizás si tuviéramos más del espíritu de Jabes al orar, más de lo que pedimos sería concedido. Este hombre sabía qué quería, y presentó sus peticiones de una manera seria y confiada. ¿Pedimos y no recibimos, por pedir mal? Santiago 4.3.

Veamos el texto de su oración.

Oh, si me dieres bendición Esto nos hace recordar las palabras de su antepasado Jacob, cuando el Varón luchaba con él, diciendo: "No te dejaré si no me bendices", Génesis 32.26. Jabes sabe el valor de una bendición divina, y comienza con esta nota. Estaba rogando, como hace entender el uso de la *Oh*.

ensancharas mi territorio [mis linderos] Esta petición complementa la primera. Estaba ajustada al día en que Jabes vivía, porque Josué había recibido órdenes de poseer la tierra. Aun cuando Jabes había recibido su herencia, quedaba mucha tierra por tomar y él quería poseerla para Dios. Un deseo por más posesiones terrenales no es en sí un deseo terrenal no más. Es cierto que suele ser, pero el caso de Jabes nos hace ver que no siempre es así.

Hay aquí una lección espiritual para nuestra instrucción; debemos desear que nuestro "territorio" sea ensanchado en el conocimiento de la Palabra de Dios para que estemos en condiciones de "conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para [estar] llenos de todo la plenitud de Dios".

si tu mano estuviera conmigo Esta también amplía la primera petición. Vemos una progresión: bendición, ensanchamiento y ahora protección y poder. Jabes se pondría en la mano de Dios, confiando en ayuda divina en todas sus empresas. Aquí hay más que un deseo por la presencia de Dios; él quería su poder en todo el servicio que emprendiera.

me libraras de mal, para que no me dañe Esta última petición es la más amplia. Jabes sabía algo de lo engañoso de su propio corazón. No pidió largos años ni exención de problemas, sino que Dios lo librara del mal. Parece que temía meterse en algo que le perjudicaría. Al decir, "que no me dañe", dio a entender su propia debilidad y quería ayuda específicamente en esto. Haríamos bien al orar de esta manera hoy en día, porque es fácil para cualquiera de nosotros contaminarnos por la impiedad que nos rodea.

Y Dios le concedió sus peticiones. Cuán hermosa esta conclusión a una biografía sucinta. Jabes no pidió nada que fuera contrario a la mente e Dios; su oración no reflejó egoísmo. La oración eficaz del justo puede mucho. Uno recibe poco al pedir mal; es decir, pedir lo que no corresponde o por un motivo errado. Jabes comenzó en tristeza, vivió honradamente y gustó de la bendición divina. "Honraré a los que me honran," 1 Samuel 2.30.

Gedeón, hombre fuerte y valiente

El sentido del nombre Gedeón es uno que tumba, y esto es lo que Gedeón llegó a ser bajo la mano de Dios. Veamos brevemente algunos de sus características.

El primer punto de interés es su oscuridad. Dios levantó a trece hombres para liberar a Israel en los días de los Jueces, pero ni uno era de la aristocracia. Este hombre dijo: "Mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre", Jueces 6.15. El mensajero angelical de parte de Dios lo encontró sacudiendo trigo en un lugar para que los madianitas no le quitaran lo poco que había segado. Por poco los madianitas y los amalecitas habían despojado a la tierra, llevando los animales y las cosechas.

El ángel encontró a Gedeón en Ofra, que quiere decir polvo o polvoriento. Gedeón comprendía plenamente el reproche que estaba sobre el pueblo de Dios y lo encontramos en el lugar del polvo. Allí el ángel le saludó con las palabras: "Jehová está contigo, varón esforzado y valiente". Al ojo humano él hubiera parecido todo lo contrario, pero 1 Samuel 16.7 nos asegura que "Jehová no mira a lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón".

Su humildad es otra característica notable. Está registrado que Jehová le dijo: "Vé con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas". Y respondió Gedeón: "Ah, Señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre ..." Pero el visitante celestial no estaba interesado en esta debilidad confesa, sino en que el hombre se dio a sacudir a mano un poco de trigo en medio de aquella pobreza. Dios vio en esta ocupación escondida las cualidades escondidas que Él iba a emplear. Y así ha sido siempre; "El levanta del polvo al pobre ... para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor", 1 Samuel 2.8.

Gedeón recibió su comisión: "Vé ..." y "¿No te envió yo?" Era solamente humano, un hombre sujeto a las mismas pasiones que nosotros, de manera que quería una señal que Dios lo había llamado de veras. Además, sería necesaria más preparación antes de emprender la gran obra que Dios tenía por delante para él. Gedeón no se dejó convencer fácilmente, y pidió las señales que quería y que confirmaron su fe.

No obstante los reparos que él percibía, puso su confianza en la confirmación que Dios le dio. En todo esto hay lecciones importantes para nosotros. A menudo Dios llama a su servicio a aquellos que son casi desconocidos. Muchas veces ellos confiesan indignidad e incapacidad propia, y requieren no poca ratificación de su llamamiento. Necesariamente habrá penalidades y pruebas para prepararlos adecuadamente para la obra por delante. Dios no pone como maestros a aquellos que han sido instruidos nada más que en el saber humano, sino de

hombres y mujeres que en el pasado fueron llamados a abrir surcos nuevos para el evangelio y conocer los contratiempos que esto conlleva. La experiencia no tiene sustituto. Gedeón, hemos visto, se ocupaba en preparar alimento para sí y estaba ejercitado acerca de lo que veía en derredor.

Era hombre obediente. El servicio auténtico para Dios comenzará siempre con destronar a todo ídolo en el corazón de uno, y en el caso de Gedeón el valor tenía que ser puesto por obra en casa. Pablo, en su discurso de despedida de los ancianos efesios, les exhortó: "Mirad a vosotros mismos". Esto vino antes de mencionar su responsabilidad a la grey. El padre de Gedeón había levantado un altar a Baal, y debía ser quitado. Así Gedeón, "el que tumba", fue de noche e hizo como el Señor mandó. "He aquí que el altar de Baal estaba derribado, y cortada la imagen ... que estaba junto a él". ¡El hombre estaba a la par de su nombre!

Esto perturbaba al pueblo; aparentemente había algo en Gedeón que les hizo sospechosos. Consultaron entre sí y sentenciaron a Gedeón a morir. Pero Dios estaba con su servidor. Su padre, Joás, aparentemente reconoció su pecado e idolatría, y de una vez defendió a su hijo de una manera prudente. "¿Contenderás vosotros por Baal? Si es un dios, contienda por sí mismo con el que derribó su altar". El sentido de Joás es "el Señor ayuda". Esta iniciativa pública de Gedeón lo puso ante la mirada del pueblo.

La fe era otra de sus cualidades sobresalientes. Pronto estaba ante una crisis: "Los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente estaban tendidos en el valle como langostas". El audaz hombre de valor se acordó de las palabras del Señor: "Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre". Como resultado de esto, Gedeón tocó una trompeta y pronto contaba con un ejército de 32 000 hombres. Pidió más consejo a Dios. Obsérvese que tres veces emplea la palabra *si* en Jueces 6: "si Jehová está con nosotros", v. 13; "si he hallado gracia delante de ti", v. 17; "si has salvar a Israel por mi mano", v. 36.

Sigue el conocido relato del vellón. Por fin Gedeón estaba dispuesto a salir contra la hueste de madianitas, pero primero tenía que aprender otra lección. Dijo Dios: "El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado". Entonces el ejército quedó disminuido: 22 000 que eran temerosos volvieron a casa, quedando sólo 10 000. Es humillante reconocer que las dos terceras partes de aquellos que se ofrecieron para la guerra volvieron atrás cuando puestos a prueba. Y así fue en los días del Señor: "Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él", Juan 6.66. Esto sucedió cuando Él echó un poco de sal en su ministerio, y frecuentemente es el caso en nuestros días; el precio es más de lo que algunos están dispuestos a pagar.

Si Gedeón hubiera contado con 32 000 para la pelea, posiblemente Dios hubiera sido robado de su gloria. Dios le dijo al principio: "Vé en esta tu fuerza", y él contaría con el apoyo de Dios y no del hombre. Y ahora otro mensaje: "Aún es mucho el pueblo; llévalos al agua, y allí los probaré". Se doblaron sobre sus rodillas 9 700 de ellos, poniendo la mano a la boca para beber agua. 300, en cambio, se quedaron parados y lamieron llevando el agua con la mano a su boca. La lección es esta: 9 700 estaban pensando en función de beber agua pero solamente 300 querían estar listos siempre para actuar por Dios. Gedeón estaba bajo severa prueba, su ejército reducido a solamente 300. No pidió otra señal, pero Dios le animó de una manera muy singular.

La batalla decisiva estaba por librarse, y Dios le dijo en la noche: "Levántate, y desciende al campamento; porque yo lo he entregado en tus manos". Dios usó el sueño de un soldado madianita para mostrar cómo la victoria sería realizada, y Gedeón escuchaba cuando éste relataba su sueño a un compañero. "Veía un pan de cebada que rodaba hasta el campamento de Madián, y llegó a la tienda, y la golpeó de tal manera que cayó, y la trastornó de arriba abajo, y la tienda cayó". El compañero respondió: "Esto no es otra cosa sino la espada de Gedeón ... Dios ha entregado en sus manos a los madianitas con todo el campamento". Gedeón ha debido estar conmovido al oír la mención de su nombre y el de su padre.

De esta manera extraña Dios lo dio ánimo a su siervo. El pan de cebada era el alimento de los pobres. El mensajero celestial le había dicho a Gedeón que iba a salvar a Israel de la mano de los madianitas, y este hombre había protestado que era demasiado pobre. Dios oyó y ahora le muestra que está por usar la pobreza y la debilidad, en vez de un gran ejército, para derrotar al enemigo. "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos". Él era suficientemente humilde como para ser ese pan de cebada, y fue fortalecido por el hecho de que lo representaba como siendo usado de Dios para conquistar la hueste de Madián.

Con este aliento Gedeón se dispuso a entrar en la batalla. Esa misma noche él comenzó, sin más demoras. Dividió su pequeña tropa en tres compañías de cien hombres cada una. Cada uno estaba armado de la misma manera: en una mano un cántaro de barro que tenía una tea por dentro, y en la otra mano una trompeta. No portaban ni espada ni lanza, sino esas armas tan extrañas con que enfrentar un ejército tan numeroso como langostas. Los trescientos rodearon al campamento, dejando abierta una brecha por donde el enemigo podría volver por la misma vía en que llegó. Repentinamente, los madianitas dormidos fueron despertados por la descarga de trescientas trompetas y por el brillo de trescientas lámparas.

¡Pandemonio! Los madianitas no podían distinguir entre los suyos y los israelitas, y se auto destruyeron "en todo el campamento". Un detalle que debemos notar es que cada uno de los hombres de Gedeón se quedó firme en su lugar. Hubo confusión entre los madianitas, pero no así en los tres escuadrones.

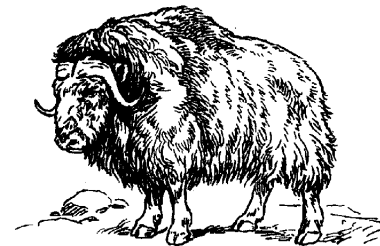
El apóstol emplea este incidente en 2 Corintios 4. Les dice a los santos que "Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo". Y prosigue: "Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros". La luz brilla a través del cántaro. A veces el vaso es costoso y tenemos que romper lo que más apreciábamos para dejar brillar nuestra luz.

Aun cuando Dios le dio la victoria a Gedeón, nuestro esbozo de su vida tiene que terminar con una mención de su defección. "Gedeón hizo ... un efod, el cual hizo guardar en su ciudad [Ofra]; y todo Israel se prostituyó tras de ese efod en aquel lugar; y fue tropezadero a Gedeón y a su casa".

Hay mucha diferencia de criterio sobre por qué él hizo esto. El efod de oro era un componente de la vestidura del sumo sacerdote. Lo cierto es que Gedeón no tenía ninguna palabra de Dios para justificar hacer uno. Desde luego, tenía ya su altar, y Dios le había instruido ofrecer un sacrificio sobre él, pero esto no justificaba hacer un efod.

No pensamos que este hombre valeroso tenía la intención de apartar al pueblo de Dios, pero lo hizo. Sus hermanos deseaban hacerle rey, pero él sabía mejor y negó la propuesta. "Jehová señoreará sobre vosotros", replicó. Él rechazó aquella oferta, pero aceptó sus aportes de zarcillos, y con estos hizo el efod.

No se nos dice qué era su objetivo, pero está dicho claramente que descarrió al pueblo de Dios. Gedeón, como muchos otros, se alejó en su madurez. Algunos que han corrido bien la carrera cristiana llegan a introducir innovaciones en su servicio por el Señor. Prácticas que superficialmente han parecido acertadas se vuelven pasaderas de alejamiento de la senda recta de la Palabra. Gedeón había derrumbado un altar y cortado un bosquecillo idólatrico, pero ahora, posiblemente sin querer, él vuelve a construir lo que había eliminado. Es un fin triste para un hombre bueno, y desde entonces muchos han comenzado bien, continuado bien, pero no terminado bien.



"Murió Gedeón hijo de Joás en buena vejez ... pero aconteció que cuando murió Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse tras los baales". ¿Fue en parte el resultado del cambio de proceder de Gedeón? Ha podido ser.

Joab, capitán de la hueste de Jehová

El nombre de Joab figura ciento treinta y nueve veces en el Antiguo Testamento, cien de ellas en 2 Samuel. Posiblemente ningún otro estaba asociado tan de cerca con David, mientras era rey de Israel, que Joab hijo de Sarvia, hermana de David. Joab era uno de los soldados más hábiles de los tiempos del Antiguo Testamento, y a la vez uno de los hombres más inescrupulosos en Israel, dispuesto a caer abajo a cualquier cosa, inclusive el asesinato, para lograr sus propios fines. Era leal a David cuando le convenía a sí mismo.

En las vidas de hombres como este hay generalmente alguna característica positiva, algo que alumbra el cuadro oscuro, pero en la vida de Joab buscamos en vano para una cosa que sea honorable. La excepción sería la ocasión cuando David censó a Israel y Joab preguntó: "¿Por qué se complace en esto mi señor el rey?" Acontecimientos posteriores dieron a ver que Joab fue el más prudente de los dos.

No leemos de Joab en los días cuando David estaba rechazado y necesitaba apoyo moral. Más adelante, su nombre está omitido de las listas de los hombres valientes. A veces el silencio de las Escrituras habla en voz tan alta como la de sus palabras escritas. Joab desconocía una comunión con David en sus sufrimientos; no lo atraía la cueva de Adulam.

"David había dicho: El que primero derrote a los jebuseos será cabeza y jefe. Entonces Joab hijo de Sarvia subió primero, y fue hecho jefe", 1 Crónicas 11.6. Esto fue precisamente lo que Joab quería: ser cabeza y jefe. El premio era tentador. David ya era rey sobre Israel, y ser capitán del ejército le apelaba a Joab. Sin duda era un gran soldado y poseía muchas dotes de líder. Aunque parecía que había ganado su rango de una manera honorable, ¿actuó por lealtad a David o para provecho propio? Ganó toda batalla donde participó, y para asegurar su posición mató a todo enemigo y amigo a quien se oponía. Es evidente que Joab no tolerable un rival.

Primero Abner. "Vino, pues, Abner a David en Hebrón, y con él veinte hombres; y David hizo banquete a Abner y a los que con él habían venido ... Y cuando Abner volvió a Hebrón, Joab lo llevó aparte para hablar con él en secreto; y allí, en venganza de la muerte de Asael su hermano, le hirió por la quinta costilla, y murió", 2 Samuel 3.20,27.

Vemos cuán celoso era Joab. Toleraba a otros hombres solamente mientras asumían un lugar inferior al suyo. Abner también era un gran soldado, pero cuando Joab vio que, con o sin razón, le estaba superando, tomó la determinación de aniquilarlo. Fue fácil encontrar excusa; podía matarlo para vengarse de la muerte de su hermano Asael. Parece haber sido un manto para encubrir su motivo verdadero, ya que al haber vivido Abner él ha podido llegar a ser capitán.

Este acto de cobardía no le permitió a David tener buen concepto de Joab. Fue un golpe duro para el rey, posiblemente el más severo hasta ese momento, y sería superado sólo por otro asesinato de parte de Joab, esta vez de Absalón, hijo de David.

"Escribió David a Joab una carta, la cual envió por mano de Urías ... diciendo: Poned a Urías al frente, en lo más recio de la batalla, y retiraros de él, para que sea herido y muera", 2 Samuel 11.14,15. Cuando Joab mató a Abner, unos trece años antes de esto, David protestó: "Yo soy débil hoy ... los hijos de Sarvia son muy duros para mí". Estas palabras describen el concepto que David tenía de Joab, pero ahora el rey quiere que haga algo muy similar; había encontrado el instrumento indicado para lo que tenía en mente. Este hombre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal que se mantuviera en las buenas con el rey; su conciencia no presentaba problema, porque quería guardar su posición a todo costo.

Veamos otro episodio. "Conociendo Joab hijo de Sarvia que el corazón del rey se inclinaba por Absalón", 14.1, él ideó una intriga. De una vez tomó medidas para promover una reconciliación, sabiendo que esto agradaría al rey y a la vez favorecería a Absalón. En su papel de pacificador hizo caso omiso de las demandas de la justicia. La ley demandaba que Absalón fuese castigado por su transgresión, pero a Joab no le importaba. Desprovisto de escrúpulos, hizo lo que parecía recto en sus propios ojos.

Absalón robaba el corazón de los de Israel. Joab se quedó con David, aunque la conjura cobraba fuerza y aumentaba el pueblo que seguía a Absalón, 15.12. Conociendo el carácter de Joab, hemos podido esperar que apoyara a Absalón. No fue por amor a David ni por ser leal a él que estaba dispuesto a compartir este rechazo. Joab era sagaz y experimentado en la guerra. Sabía que David contaba con hombres fuertes y podía ganar la pelea. Este hombre no era seguidor de David, sino ambicioso para su propio bien.

Joab fue tajante con el hombre que no quería dar el golpe de gracia a Absalón cuando moribundo: "No malgastaré mi tiempo contigo", 18.14. Tomó tres dardos y los clavó en el corazón del hijo de David, quien estaba aún vivo en medio de una encina. Mientras más seguimos esta historia, más negra la encontramos. En este caso Joab tenía más celo que sabiduría. Es difícil entender por qué mató a Absalón con sus propias manos, sabiendo que esto no le agradaría al rey. David más bien les había exigido a Joab, Abisai e Itai tratar benignamente al joven, y leemos que todo el pueblo oyó cuando dio esta orden a todos los capitanes. Un día Joab estaba intentando reconciliar a padre e hijo, y el día siguiente estaba matando al menor.

Ahora le toca a Amasa. Joab le pregunta: "¿Te va bien, hermano mío?" y le tomó de la barba para besarlo. "Pero Amasa no se cuidó de la daga que estaba en la mano de Joab; y este le hirió con ella en la quinta costilla ... y cayó muerto", 20.9,10. Amasa era estorbo para Joab, razón suficiente para eliminarlo. "La envidia es carcoma de los huesos. ¿Quién podrá sostenerse delante de la envidia?" Proverbios 14.30, 27.4.

Finalmente, el rey dijo: "Haz como él [Joab] ha dicho; mátales y entiérrales, y quita de mí ... la sangre que Joab ha derramado injustamente", 1 Reyes 2.31. Lo que el hombre sembrare, esto también segará. Los pecados de Joab le habían descubierto, y su final fue acorde con su vida. Hemos seguido su curso y visto cómo lograba sus triunfos, aunque ni una vez lo elogió David. Las palabras del rey que ya hemos citado revelan su evaluación de Joab.

Estas cosas de la antigüedad fueron escritas para nuestra enseñanza. El tenor de la vida de Joab es una advertencia. Mucho éxito en el servicio no necesariamente quiere decir que uno sea de carácter espiritual o de motivos puros. Lo cierto es que no debemos juzgar los motivos; es prerrogativa de Dios. Damos gracias por aquellos que Él emplea en su servicio, y nos alegramos ante la salvación de almas. Estimamos a aquellos que son usados en la obra del Señor, cuando sus aspiraciones se fundamentan en la gloria de Dios.

David no rechazaba el botín que Joab traía de sus hazañas, pero nunca leemos que aprobó lo que había hecho. El nombre de Joab brilla por su ausencia en las dos listas de los valientes que tuvo David y de las referencias a nobles en Hebreos 11. Joab logró su posición por habilidad propia y la preservaba por política sin principios. Al final, su suerte fue miserable, muy diferente a la del varón de Salmo 37.37: "Considera al íntegro, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz".

Abisai, el principal entre tres

Abisai, sobrino de David, era hermano de Joab y Asael. Joab era general del ejército y Asael "fue de los treinta". Estos tres hermanos se dedicaron a la causa de David y se caracterizaban por gran celo en su lealtad a él.

Gracias a un acto de valor, Joab ascendió a la posición que tenía, pero es evidente que Abisai era más dedicado a David que lo era Joab. Él compartió el destierro con David, cosa que Joab

no hizo, y estaba siempre cerca de él en momentos críticos. Sus hazañas incluyeron acompañar a David solo de noche en el campamento de Saúl, 1 Samuel 25.5 al 9; la matanza de trescientos filisteos; el rescate de David del gigante Isbi-benod, 21.16,17; y la derrota de los edomitas, 1 Crónicas 18.12.

Si bien Abisai no tenía la relevancia que disfrutaba su hermano, se ve que era el más honorable de los dos. Con todo y ser general, el nombre de Joab no está incluido en las listas de los notables, mientras que Abisai está entre los primeros.

Sus manos no estaban manchadas de la sangre de gente inocente, pero las de Joab más de una vez. No lo encontramos promocionándose a sí mismo. Su nombre, encontrado veinticuatro veces en los Libros de Samuel y Crónicas, quiere decir "padre de dones", "bondadoso", o también "fuente de riqueza". Él cumplió con estos apelativos.

La primera mención de Abisai es una clave al resto de su vida. "Dijo David ... ¿Quién descenderá conmigo a Saúl en el campamento? Y dijo Abisai: Yo descenderé contigo", 1 Samuel 26.6. David estaba siendo cazado como una perdiz por los montes, y Saúl estaba dormido en su campamento. Acercándose al rey rendido en sueño, Abisai dijo, "Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano", pero David respondió, "No lo mates".

Ameritan atención las palabras de cada cual. ¿Quién irá? Yo. Abisai era valiente y devoto; su bienestar personal no entró en consideración. David hablaba de descender, no de ascender, y Abisai lo sabía, pero su descenso resultaría en su ascenso.

Ahora 2 Samuel 23.18: "Este alzó lanza contra trescientos [filisteos], a quienes mató ... Era el más renombrado de los treinta ..." No tuvo que tramar mal contra otros, al estilo de Joab, para ser reconocido; Dios le promovió.

Una vez terminada la enemistad generalizada contra David y coronado él rey sobre todo Israel, Abisai gozó de prestigio en el reino. Nos hace recordar que "si sufrimos, también reinaremos con él", 2 Timoteo 2.12. Abisai había sufrido con David. Nunca pidió ascenso y más adelante estaba dispuesto a ocupar un lugar secundario cuando su hermano era el general. En el 10.9 leemos de una guerra contra los sirios y los amonitas. Al ver que tenía el enemigo delante y atrás, Joab desplegó los escogidos del ejército bajo su propio mando y entregó el resto en manos de Abisai. Este aceptó aquello sin quejarse, y Dios lo honró; los amonitas huyeron delante de él y se refugiaron en la ciudad.

En nuestros tiempos hay aquellos que servirían con gusto si se les diera el primer lugar, pero no hay tantos que trabajan de muy buena gana cuando tienen una asignación secundaria. En la asamblea debe ser asunto de comunión, sirviendo juntos con Dios sin codiciar el liderazgo. El amo en Marcos 13.34 dio a cada uno su obra, y los soldados de Gedeón en Jueces 7 "estuvieron firmes cada uno en su puesto".



Abisai estaba dedicado a David en su rechazamiento y siguió fiel a él cuando llegó a ser rey. Luego surgió la rebelión de Absalón, cuando de nuevo Abisai se identificó con David. Un hombre llamado Simei se presentó repentinamente cuando David huía de Jerusalén y llovió maldiciones sobre él. Abisai estaba junto al rey, y esto fue más de lo que podía tolerar. "¿Por qué maldice este perro muerto a mi Señor?" protestó Abisai. "Le quitaré la cabeza". ¡Pero David no lo quería! Abisai quiso hacer lo que creía procedente, pero fue demasiado impulsivo. Los hombres buenos no siempre son hombres sabios.

Se sometió a la voluntad del rey pero no estuvo de acuerdo. Tenía este abuso en su mente aun cuando David volvió en paz. "¿No ha de morir por esto Simei, que maldijo al ungido de Jehová?"

Este buen hombre desapareció poco después. Nada sabemos de su fin, pero podemos estar seguros de que no fue innoble, como lo fue el de su hermano Joab, quien fue muerto junto al altar.

Asael, un mártir por David

En el Antiguo Testamento hay cuatro hombres llamados Asael. Uno era sacerdote, padre de Jonatán, que vivía en los tiempos de Esdras, Esdras 10.15; uno era levita que instruía al pueblo en los días de Josafat, 2 Crónicas 17.8; y otro era también levita y estaba a cargo de los diezmos, 2 Crónicas 31.13. Sabemos poco acerca de estos hombres.

El cuarto es el Asael que nos interesa aquí. Era el menor de los tres hijos de Sarvia, hermana de David, y por esto hermano de Abisai y Joab. Mucho menos está registrado acerca de Asael que de sus hermanos, aunque parece haber estado muy devoto a su tío desde los días de su rechazamiento.

Casi toda su historia está en narrada en 2 Samuel capítulo 2, donde su nombre figura ocho veces en quince versículos.

Era ligero de los pies como una gacela, v. 18. Terminada la batalla de Gabaón, persiguió a Abner y lo alcanzó. Este soldado que encabezaba el ejército de Saúl le advirtió al joven a apartarse, pero Abner no quiso. Más bien, mató a Asael en defensa propia. Con todo, Joab vengó este acto, v. 31. El Espíritu Santo registra detalles de este episodio, quizás por ser tristes las circunstancias, y en particular la muerte de tanto Asael como Abner.

Algunos dirían que Asael fue temerario en perseguir a Abner, un hombre mayor y soldado de más experiencia. Se ha sugerido que veía una oportunidad para ganar fama, sabiendo que era el más veloz de los dos.

No creemos que tenía las aspiraciones de su hermano mayor, quien, viendo la oportunidad de ser nombrado general del ejército, fue el primer en matar a los jebuseos. Quizás Asael pensaba que al aniquilar al comandante de las fuerzas enemigas él pondría fin a la guerra. Creemos que fue fidelidad a David que lo impulsó a buscar ese peligro. Sin embargo, se descuidó. Posiblemente subestimaba la habilidad de Abner, o no se dio cuenta de que su lanza estaba apuntada hacia atrás. Se como fuere, el enemigo lo sorprendió fatalmente.

Es digno de notar que en ninguna parte se menciona el padre de estos tres sobrinos ilustres de David. Siempre son los hijos de Sarvia, una mujer de dotes excepcionales. Posiblemente los hijos heredaron de ella su celo y fidelidad. Nombró al tercero Asael, que quiere decir "formado por Dios", y su lealtad a David hace ver que él cumplió con el sentido de su nombre.

Sin duda Asael estaba con David en la cueva de Adulam, quizás diez años antes de que su vida terminara tan trágicamente. Ascendió a ser incluido en los treinta destacados, y en 1 Crónicas 11.26 figura como el primero de varios valientes. Esto nos hace pensar que hubo otros actos de valor en la vida de Asael.

Vemos algo de la tristeza del triunfo en las palabras de 2 Samuel 2.23: "Todos los que venían por aquel lugar donde Asael había caído y estaba muerto, se detenían". Obviamente sentían esa pérdida sorpresiva. Vuelto Joab de perseguir a Abner, los dolientes de Asael llevaron sus restos al sepulcro de su padre que estaba en Belén. Joab y sus hombres caminaron todo la noche y llegaron al amanecer de un día de aflicción al oír que Asael había muerto de esa manera. Su ha podido decir en esa ocasión lo que fue dicho más adelante cuando murió Absalón: "Se volvió aquel día la victoria en luto para todo el pueblo". Asael murió por una buena causa – algunos dirían sin necesidad de haberlo hecho – y probó su lealtad a David.

Está a su favor lo dicho de él cuando perseguía a Abner: "siguió sin apartarse ni a la derecha ni a la izquierda". La muerte suya dio lugar a la de Abner, y por ende a la consolidación del reino bajo el mando de David.

1 Crónicas 27 contiene una nomina de los capitanes por mes, y nos informa que "el cuarto jefe para el cuarto mes era Asael". Algunos ven una dificultad aquí, observando que Asael murió antes de esta asignación de responsabilidad. Pero el relato acota: "y después de él Zebadías su hijo". Posiblemente la muerte del padre aportó peso a la prominencia del hijo. En otras palabras, Asael "muerto, aún habla". Esto es algo que podemos tomar a pecho:

queremos dejar atrás un buen testimonio, un buen ejemplo para los que vienen en pos. De los tres hijos de Sarvia, el primero y el tercero le dejaron para David recuerdos gratos.

Mefi-boset, un mal comienzo y un buen fin

La historia de Mefi-boset nos recuerda de las palabras de Ezequiel 36.11: "Os haré morar como solías antiguamente, y os haré mayor bien que en vuestros principios; y sabréis que yo soy Jehová". Vemos una anticipación de la gracia de Dios en la benignidad de David para con Mefi-boset. A lo largo de su vida él disfrutó del favor del rey, y tuvo un gran final. Había recibido la bondad de David, disfrutado de su comunión y al final quería tan solo su presencia.

Le conocemos primeramente en 2 Samuel 4.4 donde leemos que cuando tenía cinco años de edad llegaron noticias de la muerte de Jonatán. Huyendo junto con su nodriza, cayó y quedó cojo. Por qué ella recogió al niño y huyó, no se nos dice. Sin duda concluyó que David odiaba a Saúl y por esto la vida del heredero aparente al trono estaría en peligro. Sabía ella que David estaba señalado para ocupar el trono y podría eliminar el linaje de Saúl. Recogió al muchacho apresuradamente, lo dejó caer y él quedó lisiado de por vida.

Viendo a Mefi-boset como un tipo, en este caso un descendiente de un rey desobediente y rechazado, inhabilitado por una caída y viviendo en Lo-debar (queriendo decir un lugar sin pasto), percibimos aquello que aplica a todos nosotros por naturaleza.

La luz de la gracia de David alumbró este cuadro lóbrego. La próxima mención de Mefi-boset está en el 9.1 donde David dice: "¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?" Mefi-boset era hombre maduro ya, padre de un hijo menor llamado Micaía. Este nombre quiere decir "¿quién como Jehová?"

Mefi-boset había estado alejado de David por buen tiempo, y aparentemente a una buena distancia de Jerusalén, pero ahora por amor de Jonatán él es traído del exilio. No podía caminar, así que David aportó transporte. Bien podemos imaginar los pensamientos que le ocuparían: ¿Por qué manda él por mí? ¿Mi suerte será la de otros de la casa de mi abuelo?

Pero en el v. 3 encontramos una declaración maravillosa: "a quien yo haga la misericordia de Dios". La misma expresión la vemos en Tito 3.4: "se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador".

Las primeras palabras de David para Mefi-boset fueron: "No tengas temor". Éste, al oír que iba a comer pan a la mesa del Señor, dijo: "¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?" Bien ha podido decir: "Ciertamente merezco esta bondad por ser heredero del trono, porque en realidad soy igual a ti". Pero así no pensaba uno cuyo nombre quiere decir "respirar reproche". Asumió una postura humilde, en eso es un tipo del pecador salvo por gracia.

Merece nuestra atención lo que el rey le dijo: "A la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te devolveré todas las tierras de Saúl tu padre; y comerás siempre a mi mesa". Encontramos en esto bondad en consideración de Jonatán, la restauración de la heredad y comunión con el rey. Cada uno de estos tres elementos corresponde al trato de Dios con nosotros cuando nos salvó.

Mefi-boset no solamente fue objeto del beneplácito real, sino fue traído a feliz comunión con David en calidad de hijo. Aprendemos de esto la provisión que David hizo para él. Este hombre Siba tenía quince hijos y veinte siervos, pero el rey le mandó: "Tu, pues, le labrarás la tierra, tú con tus hijos y tus siervos, y almacenarás los frutos, para que el hijo de tu señor tenga pan para comer; pero Mefi-boset el hijo de tu señor comerá siempre a mi mesa". Nos hace recordar aquello que se ha llegado a conocer como la parábola del hijo pródigo, donde leemos del pródigo colmado de la bondad de su padre.

Esta parte de la narrativa termina con las palabras: "Moraba Mefi-boset en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey; y estaba lisiado de ambos pies". Qué contraste con su vida en Lode-bar, el lugar sin pasto.

Después de pocos años David tuvo que huir por su vida. 2 Samuel 16 abre con una historia triste: cuando David apenas había pasado la cumbre de un monte, salió a su encuentro Siba, siervo de Mefi-boset, con bestias, una abundancia de alimentos y un frasco de vino. Dijo el rey: "¿Dónde está el hijo de tu señor?" y Siba respondió que estaba en Jerusalén, y que había dicho: "Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre". Ante esto el rey lo prometió a Siba: "Sea tuyo todo lo que tiene Mefi-boset".

Siba había mentido deliberadamente, y David cayó en la trampa. Es fácil para nosotros difamar el carácter de otro, pero no podemos engañar a Dios. Siba no tenía escrúpulos, y esta difamación no tenía razón de ser. David, por su parte, actuó impetuosamente; él ha podido averiguar qué estaba haciendo el hijo de su amigo de antaño, antes de hablar apresuradamente.

Siba era zorro en cuero de oveja, y nos parece que fue Mefi-boset que preparó esta abundancia para David y su séquito. Siba había calculado sagazmente que su supuesta lealtad a David, y su vil ataque contra Mefi-boset, redundarían en gran beneficio para él. Como consecuencia, David trató a Mefi-boset como un traidor.

"Mejor es el fin del negocio que su principio; mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu", Eclesiastés 7.8. Dentro de poco el reino fue devuelto a David y él volvió a Jerusalén. La primera persona que salió a recibirlo fue Mefi-boset. "No había lavado sus pies, ni había cortado su barba, ni tampoco había lavado sus vestidos, desde el día en que el rey salió hasta el día en que volvió en paz", 19.24. Es evidente su lealtad al rey en su rechazamiento; Jerusalén no tenía atractivo para este hombre hasta volver su rey en paz. Y en estos tiempos, "al Salvador rechaza el mundo pecador, la sorda muchedumbre ajena de su amor". ¿Qué es nuestra actitud hacia el mundo que le está rechazando?

Mefi-boset sería bien conocido en Jerusalén, y todos se darían cuenta de que no estaba participando en sus asuntos. Su apariencia habrá llamado la atención a muchos: descalzo, sin afeitarse y ropa no lavada. Él no podía acompañar a David, pero de esta manera tuvo comunión con él en su sufrimiento.

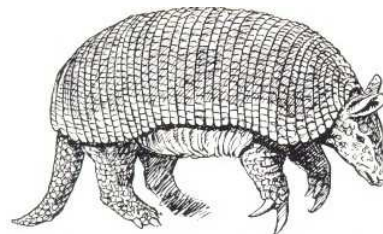
A lo mejor David se sorprendió sobremanera al ver que Mefi-boset venía a su encuentro. "Mefi-boset, ¿por qué no viniste conmigo?" fue su pregunta. El rey oyó su historia, como Siba le había difamado, y como David le había favorecido. El rey revirtió su decisión acerca de la tierra. La tierra fue todo lo que Siba deseaba, pero la respuesta noble del cojo fue: "Deje que él las tome todas, pues que mi señor el rey ha vuelto en paz a su casa". Mefi-boset quería al rey, no los bienes.

Esta es la última mención del hombre que era fiel a David, y nos deja ver dónde estaba su corazón. Terminó maravillosamente bien.

Absalón, el príncipe con una mancha

No había en todo Israel ninguno tan alabado por su hermosura como Absalón; desde la planta de su pie hasta su coronilla no había en él defecto, 2 Samuel 14.25.

Pero bien preguntó su padre David: "¿El joven Absalón está bien?" 18.32. Segunda Samuel capítulos 13 al 19 mencionan su nombre aproximadamente cien veces, pero de todas las biografías narradas en la Palabra de Dios, la de Absalón es una de las más tristes. Es la historia del afecto natural y de las tribulaciones de un padre de corazón roto.



1. Un yugo desigual, 3.3. Su madre era Maaca, hija de un rey de Gesur, una parte de Asiria, 15.8. Procedió de aquellos que se describen como "las gentes que están en vuestro derredor".

2. Un defecto invisible, 14.25. "Desde la planta de su pie hasta su coronilla no había en él defecto". Pero la hermosura de Absalón estaba todo lado afuera. Tenía todo lo que apelaba al hombre natural, pero Dios sabía de un defecto que no estaba a la vista. "Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana", Isaías 1.5,6. Su hermosura personal, libre de defecto exterior, no hacía nada para realzar su condición espiritual.

3. Un hogar infeliz, 13.1 al 14. El pecado de David registrado en el capítulo 11 dejó su huella sobre el hogar. Más adelante su hermanastro Amnón violó a su hermana. Por meses el corazón de Absalón abrigó un espíritu de venganza, y él tramó la muerte de Amnón por lo que había hecho a Tamar. El asesinato de Amnón trajo pesar a David, y como resultado Absalón volvió más y más rebelde ante su padre. Huyó a su suegro, Talmai, 13.38.

4. Un espíritu rebelde, 14.28 al 33. Cuando volvió al hogar, después de tres años enteros en Gesur, él no reconoció su culpa ni dio señales de arrepentimiento. El rey no aplicó ninguna disciplina bíblica, sino lo besó a Absalón. En esto David fue negligente. Leemos en el versículo anterior: "¿Para qué vine de Gesur? Mejor me fuera estar aún allá. Vea yo ahora el rostro del rey; y si hay en mí pecado, mátame". En vez de un espíritu quebrantado, Absalón manifestó voluntad propia. El hombre que no tenía defecto exterior hizo entrever su defecto interior.

5. Un hijo infiel, 15.1 al 14. Absalón estaba empeñado en hacer lo que quería, y organizó una rebelión contra su padre, Rey David. Primeramente, robó los corazones del pueblo. No leemos que los ganó, sino que los robó. Sabía que les era agradable, pero usó un don de Dios para un fin innoble. Su padre había hecho mal al besarlo, y posteriormente Absalón se valió de los besos para ganar el favor de otros. "Cuando alguno se acercaba para inclinarse a él, él extendía la mano y lo tomaba, y lo besaba".

Pronto contaba con partidarios. Ganaba su apoyo con criticar la administración de su padre, y entonces se sublevó en rebelión abierta. Este hombre anhelaba el poder pero carecía de la habilidad de llenar el puesto que ambicionaba. El triste hecho fue que "el corazón de todo Israel se va tras Absalón. Entonces David dijo ... huyamos, porque no podemos escapar delante de Absalón".

6. Un final prematuro, 18.9 al 14. "Iba Absalón sobre un mulo, y el mulo entró por debajo de las ramas espesas de un gran encina, y se le enredó la cabeza en la encina, y Absalón quedó suspendido entre el cielo y la tierra; y el mulo en que iba pasó adelante. Viéndolo uno, avisó a Joab". Nada se dice que su cabello haya causado el accidente; aparentemente su cuello se quedó trancado entre las ramas. Es de suponer que su abundante cabello, que cortaba anualmente, era tan pesado que dificultó cualquier intento a salvarse.

Joab respondió a su informante, diciendo que ha debido matar a Absalón y ganar para sí una gran recompensa. A esto el otro respondió que ni por una suma muchísimo mayor él estaría dispuesto a hacer eso, "porque nosotros oímos cuando el rey te mandó a ti y a Abisai y a Itai, diciendo: Mirad que ninguno toque al joven Absalón". Este ejemplo de obediencia es sobresaliente, pero Joab desobedeció. Clavó tres dardos en el corazón de Absalón cuando estaba vivo, indefenso en el árbol.

El juicio de Dios había alcanzado al pródigo Absalón cuando joven todavía. Su cuerpo fue lanzado en un gran hoyo en el bosque y cubierto de un montón de piedras. Fue un monumento muy diferente a aquel que había hecho para sí. En vida Absalón erigió una columna y dijo: "Yo no tengo hijo que conserve la memoria de mi nombre".

Este joven afligió a su padre más por su muerte que lo había afligido por su vida. Posiblemente en su angustia David habrá reflexionado sobre las ocasiones cuando no había actuado sabiamente con su hijo, y como este descuido había aportado al fin inoportuno y vergonzoso de Absalón. Que tantos padres como hijos aprendan de esta historia trágica.

Itai, fiel seguidor de David

Itai era un hombre de excepcional fidelidad a David, como se observa en sus palabras a éste en su rechazamiento: "Viva Dios ... que para muerte o para vida, donde mi señor el rey estuviere, allí estará también su siervo", 2 Samuel 15.21. El Antiguo Testamento no registra ninguna expresión de lealtad mayor que esta. Nos hace recordar a otro gentil, Rut la moabita, quien le dijo a su suegra, 300 años antes de esto: "Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada ... que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos".

Absalón había rebelado contra su padre y David tuvo que huir por su vida, acompañado de seguidores fieles. Dijeron: "Tus siervos están listos a todo lo que nuestro señor el rey decida". Entre estos había seiscientos que vinieron de Gat, donde él había estado en exilio, para apoyarlo. Es evidente que había ganado sus corazones. Se ha afirmado a menudo que Itai era su líder, pero la Escritura no lo dice, y dudamos que haya sido uno de aquellos que "iban delante del rey". Había otro Itai en el ejército de David, descrito en 1 Crónicas 11.31 como benjamita valiente. El Itai de 2 Samuel 15 era nuevo en el ejército, ya que David le dijo: "ayer viniste", no queriendo decir el día antes, sino en fecha reciente.

Su fe en Dios es evidente. "Viva Dios", o expresiones equivalentes, se encuentran quizás veinte veces en las Escrituras, y han resonado a lo largo de los siglos. En toda dispensación la realidad de un Dios viviente ha sido el recurso de los piadosos. Itai emplea la expresión para consolar a David, y por venir de los labios de un gentil tendría mucho efecto sobre el rey rechazado. Itai agregó, "y vive mi señor el rey", haciéndole recordar a David del cuidado de Dios para con él, aun cuando a menudo su vida estaba en peligro.

También es evidente su entera devoción a David. "... donde mi señor el rey estuviere, allí estará también su siervo". Estaba resulto; nada se interpondría entre él y el rey. 1 Samuel 18.1 al 4 describe la devoción de Jonatán a David – "lo amó Jonatán como a sí mismo" – pero el 20.42 relata que cuando David se marchó, Jonatán fue a la ciudad; no quería comunión con David en su rechazamiento. 2 Samuel 19 cuenta que Mefi-boset no podía tener comunión con David en esa coyuntura porque su siervo lo engañó.

En el caso de Itai, él no quería nada sino la comunión con David en su rechazamiento. A menudo se citan sus palabras como "o para vida o para muerte", pero dijo, "o para muerte o para vida", etc. Estaba preparado para lo peor; moriría donde muriera David, o al ser éste restaurado al trono, se regocijaría con él.

Tercera, es evidente su disposición a servir. Por alguna razón David intentó disuadir a Itai: "¿Para qué vienes tú también con nosotros? Vuélvete y quédate con el rey; porque tú eres extranjero, y desterrado también de tu lugar. ¿He de hacer hoy que te mueves para ir con nosotros? En cuanto a mí, yo iré a donde pueda ir; tú, vuélvete". Quizás el énfasis debe estar sobre la primera *tú*. ¿David habló de esta manera porque Itai era mayor en edad y sus días de soldado ya habían pasado? No sabemos, ni le importaba a Itai. David había ganado su corazón y con David iba a estar.

¿Qué es la lección para nosotros? Nunca ha sido popular seguir a nuestro Señor rechazado, aun en círculos donde esto menos se espera. Después de años en el camino al cielo, Pablo escribió: "... a fin de conocerle ... y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte", Filipenses 3.10. Itai no tenía ningún motivo egoísta al seguir a David en su destierro. No hubiera hablado como Pedro cuando dijo: "Lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?" Fue devoción y no beneficio, que le motivaba a Itai. Su nombre quiere decir "Jehová está cerca".

El galardón para este hombre se encuentra en las palabras: "Y pasó Itai geteo ... asimismo pasó el rey", pero la historia no termina allí. Una vez que David había organizado su tropa en Mahanaim, puso una tercera parte al mando de Joab, otra tercera parte bajo Abisai y otra bajo Itai. Él valoraba la devoción de este seguidor y lo honró una vez restaurado a su trono.

Nuestro Señor está rechazado por ahora, pero si sufrimos aquí reinaremos allí, 2 Timoteo 2.12. Llevar su reproche ahora seguramente traerá galardón en el día de Cristo.

Barzilai, premiado por su lealtad

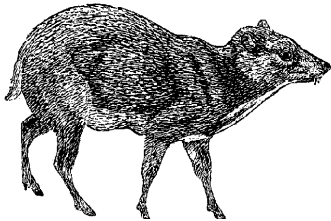
Barzilai no ocupa mucha narrativa en los Escritos Sagrados, pero trozos cortos lo proyectan como sobresaliente en su lealtad y liberalidad, y hablan también del galardón que recibió a manos de David. En 2 Samuel 17 leemos que era hombre muy rico, pero es evidente que era más que rico.

Mientras David estaba firme en su trono y ningún hijo rebelde se levantaba para atentar contra su soberanía, no era difícil ser fiel al rey, pero la cosa era diferente cuando David "subió la cuesta de los Olivos, y la subió llorando", huyendo de su hijo rebelde Absalón. Ahora David no fue bien recibido dondequiera que fuera, sino rechazado. Ya no se cantaba: "Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles". En una época recibía el homenaje de diez de las tribus de Israel, pero ahora era un marginado, contando con solo un grupo reducido de seguidores, y no se sabía qué guardaba el futuro.

"El pueblo era hambriento, y cansado y sediento en el desierto", 17.29. David había venido con ellos a Mahanaim, el lugar de "dos huestes" donde más de setecientos años antes el ángel de Jehová se presentó a Jacob en su huida de Labán. David había tocado fondo cuando Sobi, Maquir y Barzilai lo encontraron y declararon claramente su apoyo. Sin duda habían oído de la suerte del rey, y vinieron voluntariamente por lealtad a él. El primero de ellos era descendiente de Amnón y el segundo había sido un amigo cercano de la familia de Saúl cuando David asumió el mando; Mefi-boset encontró abrigo en su casa. Lo único que sabemos del tercero, Barzilai, es que era galaadita, anciano y varón destacado.

Estos tres trajeron lo que sabían que David y sus hombres necesitarían; a saber, camas, utensilios y alimentos. No era poca cosa y David no olvidaría su labor de amor.

No leemos más acerca de los primeros dos en relación con esta liberalidad, pero Barzilai "pasó el Jordán con el rey, para acompañarlo al otro lado del Jordán", 19.31. Lo hizo a la edad de 80 años porque quería dar la bienvenida personalmente al rey en su regreso del exilio. Él se acordaría del reinado de Saúl y la victoria de David sobre el gigante en el valle de Ela, unos cuarenta años antes. Se acordaría también del trato de Saúl con David, y después el reinado próspero de este hijo de Isaí, y ahora en la vejez deseaba manifestar su lealtad al ungido de Dios.



David quería mostrar su gratitud, y le invitó al anciano acompañarlo a Jerusalén y comer a su mesa, 19.33, pero éste declinó la invitación debido a su edad, y no por sentirse independiente. Quizás le impresionó la palabra *conmigo* en boca de David, y sin duda agradecería la invitación personal. Pero Barzilai no había dado con el ánimo de recibir, por mucho que merecía un galardón.

Su mente estaba clara aún, y se le ocurrió una alternativa. "Pasaré tu siervo un poco más allá del Jordán con el rey; ¿por qué me ha de dar el rey tan grande recompensa?" Y agregó: "He aquí tu siervo Quimam; que pase él con mi señor el rey, y haz a él lo que bien te pareciere", vv 36, 37. Esto le agradó a David, y difícilmente podía negar la solicitud. Respondió: "Pues pase conmigo Quimam ..."

Debemos tener presente por cuánto tiempo David tuvo en mente lo que Barzilai había hecho por él. No sólo le asignó a Quimam un lugar delante de él en Jerusalén, sino también una residencia en la ciudad donde el rey había nacido, ya que leemos en Jeremías 41.17: "... habitaron en Gerut-quimam, que está cerca de Belén".

El criterio general es que Quimam era hijo de Barzilai, una opinión que está fortalecida por la carga de David a Salomón acerca de Joab: "No dejarás descender sus canas al Seol en paz", a lo cual añadió: "Mas a los hijos de Barzilai galaadita harás misericordia, que sean de los convidados a tu mesa; porque ellos vinieron de esta manera a mí, cuando iba huyendo de Absalón tu hermano", 1 Reyes 2.6, 7. Mientras David vivía, y aun en su postrimería, él se

acordaba de Barzilai. Por grato que haya sido el donativo traído por Sobi, Maquir y Barzilai, más aun fue la lealtad y el afecto que lo motivaron.

Los honores reservados para los hijos del anciano galaadita apuntan a lo que está reservado para nosotros. Dios no es injusto para olvidar nuestra obra de amor, si la hemos hecho con miras a la honra del nombre suyo.

Sama, el hombre que se paró solo

Aparentemente son cinco los Sama mencionados en el Antiguo Testamento, algunos sólo en listas de cronología:

- el hijo de Reul, Génesis 36.13
- el hijo de Isaí y hermano de David, 1 Samuel 16.9
- el hijo de Age, 2 Samuel 23.11, 12
- el harodita, 2 Samuel 23.25
- el ararita, 2 Samuel 23.33

Es llamativo que tres de los valientes de David hayan tenido el mismo nombre. Dos eran araritas, hombres de la montaña; tres figuran en el mismo capítulo.

Es el hijo de Age que nos interesa aquí. Su historia ocupa dos versículos: "Los filisteos se habían reunido en Lehi, donde había un pequeño terreno lleno de lentejas, y el pueblo había huido delante de los filisteos. El entonces se paró en medio de aquel terreno y lo defendió, y mató a los filisteos; y Jehová dio una gran victoria".

Esta pequeña narrativa es parte de las cosas escritas antes para nuestra enseñanza, a fin de que por la paciencia de las Escrituras tengamos esperanza, Romanos 15.4. No es difícil ver la lección. Tal vez no parezca gran cosa defender una parcela de granos, pero hay más en el relato que el ojo ve a primera vista. Para Sama fue una cuestión de principios. Él no buscaba provecho propio, sino la gloria de David. Los filisteos eran enemigos del pueblo de Dios; el terreno contenía alimento para los seguidores de David; así que, tenía que ser defendido, cualquiera el costo.

Sama no había recibido ningún encargo especial a defender esta parcela y su cosecha. El pueblo huyó, pero él se paró. Nos trae a la mente Efesios 6.13, 14: "habiendo acabado todo, estad firmes". Es lo que hizo Sama. El terreno con sus lentejas quizás no eran de mucho valor en la opinión de algunos, pero para él sí. Era terreno de David, y con esto bastaba; los filisteos no iban a tenerlo. Este era un Daniel – se paró solo.

No son pocos los hombres que se han dado por vencidos porque nadie les apoyaba, pero tenemos que tener presente que "el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará", Daniel 11.32. Pablo le instó a Timoteo a pelear la buena batalla de la fe y sufrir penalidades como buen soldado de Jesucristo. Que nosotros defendamos la verdad divina.

Benaía, el hombre formado por Jehová

Nos dan tres sentidos del nombre Benaía: formado por el Señor, formado por Jehová e hijo del Señor. Esto sugiere la fuente de su fuerza y la razón por su éxito en conflictos con los enemigos del pueblo del Señor. La biografía breve de este hombre bueno muestra qué puede hacer Dios con una sola persona. Benaía no estaba en nada intimidado por los que se oponían, al decir de Pablo a los filipenses.

Era varón valiente, pero sabemos de sólo tres de sus hazañas, y están agrupadas en dos versículos: "Este mató a dos leones* de Moab; y él mismo descendió y mató a un león en medio de un foso cuando estaba nevando. También mató él a un egipcio, hombre de gran estatura; y tenía el egipcio una lanza en su mano, pero descendió contra él con un palo, y arrebató al egipcio la lanza de la mano, y lo mató con su propia lanza", 2 Samuel 23.20 al 22.

* Versión Moderna de 1893: "dos *campiones* de Moab, *fieros* como leones"

Generalmente merecen atención la primera y la última referencia a un hombre. "Benaía hijo de Joiada estaba sobre los cereteos y peleteos", 2 Samuel 8.18. Veinte y ocho años más tarde, lo encontramos sobre todo el ejército de Salomón. Así como Sama, cae en el grupo descrito en Daniel 11.32: "El pueblo que conoce a Jehová su Dios se esforzará y actuará".

Primeramente, mató a dos hombres moabitas que eran como leones. A la sazón tres naciones en particular eran enemigos de Israel: los filisteos, amalecitas y moabitas. Los filisteos son un tipo del mundo religioso, los amalecitas un tipo de la carne y los moabitas un tipo del mundo en general. Estas naciones eran astutas en su agresión contra el pueblo de Dios, los israelitas. Dos hombres, campeones de Moab, feroces como leones, estaban resueltos a acabar con Benaía, quizás cayendo de sorpresa sobre él. No sabemos con qué armas contaban, ni qué usó él, pero cayeron ante Benaía. Nos enseña el apóstol: "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe", 1 Juan 5.4. Benaía, "hecho de Dios" venció por fe en dos a estas dos figuras del mundo.

También quitó la vida a un león. Otro apóstol nos advierte: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar", 1 Pedro 5.8. Posiblemente este león acechaba al pueblo y les infundía el temor de muerte. Benaía lo atacó donde sabía que lo encontraría: en su propia guarida. Le ha placido al Espíritu anotar que esto lo hecho en tiempo de nieve, recordándonos que "el tiempo de Dios no impide la obra de Dios". Se logran victorias por él en días nevados, literal y figurativamente. La mujer virtuosa de Proverbios 31 no tenía temor de la nieve por su familia. No le bastó a Benaía aniquilar a los dos moabitas; él se da cuenta de que el león también es enemigo del pueblo de Dios y debe sufrir la misma suerte. Nosotros como creyentes tenemos que contender con el mundo y con el diablo.

Este hombre mató a un egipcio también. Aparentemente el extranjero estaba aliado con los filisteos, así que tenía que morir. La Reina-Valera lo describe como de gran estatura y algunas otras traducciones como imponente. Efectivamente, 1 Crónicas 11.23 explica que era de unos 2,8 metros, pero esto no infundió miedo en nuestro protagonista "formado por el Señor".

Benaía contaba con sólo un palo. ¿Será que pensaba en David cuando mató a Goliat en Ela, 1 Samuel 17.40? Quizás su valor no tenía igual, salvo el de David con su cayado y honda. Benaía sacó el mayor provecho del recurso que tenía. No sabemos si usó su propio palo para matar al sujeto, pero la lanza de la otra sí.

Los moabitas, el león y el egipcio cayeron ante este hombre. La victoria sobre nuestro enemigo tripartito – el mundo, la carne y Satanás – está asegurada a todos aquellos que comparten el poder que lo impulsó a Benaía.

Asaf, el salmista y vidente

Es muy poco lo que se ha escrito sobre Asaf, posiblemente por la sencilla razón que las Escrituras revelan poco en cuanto a él, aparte de sus propios escritos. No obstante, lo consideramos un personaje digno de atención y queremos ver qué vino de su pluma.

Era levita, hijo de Berequías, y prominente como músico y escritor. Su nombre aparece en el encabezamiento de doce salmos: el 50 en Libro II, y del 73 al 83 en Libro III. David lo nombró para dirigir el coro en los servicios del santuario, y hay mención más adelante de sus hijos como cantores en el templo. Su nombre quiere decir "uno que recoge", y es evidente que Asaf recogió mucho espiritualmente. Vemos que era bien versado en las Escrituras como historiador, maestro y profeta.

Él no podía dirigirse a Dios como Padre, ni conocía la redención como nosotros la conocemos, ni tenía al Espíritu morando en él. Con todo, escaló alturas que bien intentaríamos nosotros. Vamos a considerar su espiritualidad, visión y legado.

Aprendemos de sus salmos que eran profundamente espirituales. Encontramos en el Antiguo Testamento poco que es más elegante que el Salmo 73; p.ej. "¿A quién tenga yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra". Estaba contento dejar que el mundo pasara, sin saber de ganancia ni pérdida. Dios era su todo para Asaf.

Notamos su humildad y el ejercicio genuino de alma: "Por poco resbalaron mis pasos". En seguida confesó su envidia de los arrogantes, al ver la prosperidad de los impíos. La duda se apoderó de él, pero entró en el santuario, y todo cambió.

Asaf recibió una visión renovada de Dios. Vio las cosas como Él las ve, y comprendió el fin de los impíos. Huyeron las dudas y el gozo llenó su alma; exclamó: "el acercarme a Dios es el bien". Si lo hubiera hecho antes, a lo mejor hubiera evitado la aflicción de alma que narra en este salmo. Pero, bien, pudo terminar con asegurarnos: "He puesto en Jehová el Señor mi esperanza".

Ahora, en cuanto a este hombre como profeta, leemos en 2 Crónicas 29.30: "El rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabasen a Jehová con las palabras de David y de Asaf vidente". Esto fue trescientos años después de su partida.

Conocemos a Asaf el salmista, pero no tanto a Asaf el vidente. 1 Samuel 9.9 explica: "... al que hoy se llama profeta, entonces le llamaba vidente". Un vidente era un hombre capacitado por Dios para ver acontecimientos futuros; su vista penetraba el velo que esconde las cosas divinas.

Asaf era uno de estos. Como Apolos en otra época, era poderoso en las Escrituras, y lo revelan los salmos que redactó. Comprendía eventos pasados y Dios le dio una revelación del futuro. En el Salmo 79 él declara: "Oh Dios, vinieron las naciones a tu heredad; han profanado tu santo templo; redujeron a Jerusalén a escombros". Esto sucedió más de cuatrocientos años después de su tiempo. En el último salmo atribuido a Asaf, el 83, encontramos varias declaraciones históricas y proféticas. Dicho sucintamente, los salmos de este hombre son doctrinales, históricos y proféticos.

Asaf está recordado por lo que dijo y escribió, así como algunos de nuestros hombres piadosos de generaciones pasadas son recordados por sus palabras de consejo que se citan a menudo. Imitemos su fe.

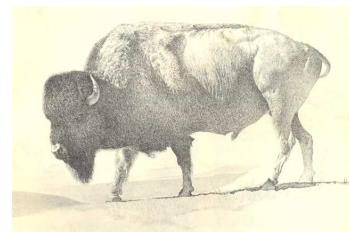
Elías, el profeta en la presencia de Dios

Contamos con cierta abundancia de detalle acerca del período de unos quince años en la vida de Elías tibia. Podemos resumir su historia en siete escenas: en pie ante Dios, sentado al lado de un arroyo, morando con un viuda, parado en el monte Carmelo, acostado bajo un árbol, parado al lado del Jordán, y en el monte santo con el Señor.

1. Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, 1 Reyes 17.1.

La primera mención de este hombre singular hace entrever su carácter. Se presentó abruptamente, como de la nada, ante el rey Acab. Nuestra introducción a él es parecida a la de Melquisedec, por no decir nada de sus padres, nacimiento ni origen.

Las Escrituras asignan cierta importancia a los nombres, y por cierto Dios mismo dio algunos de ellos. El sentido de Elías es "Dios es Jehová" y también "fuerza de Jehová". No es tanto que Jehová lo haya fortalecido sino que Él mismo era la fuerza de este hombre. Vemos su fuerza aquí en la primera declaración que hizo; él le advirtió al rey que su proceder era impío.



2. Fue y vivió junto al arroyo, 17.5.

Elías desapareció tan súbitamente como se había aparecido ante Acab, y ahora lo encontramos en Querit. Quizás había dos razones por qué Jehová lo mandó: (a) para

escondese de Acab, y (b) para probarlo. Sería una verdadera prueba de la fe de Elías quedarse junto al arroyo, aparentemente por más o menos un año, y una experiencia humillante ser alimentado por aves inmundas, Levítico 11.15. Él ha podido razonar: "¿Por qué no una paloma? o un ángel?" Depender de un cuervo atentaba contra su dignidad. También ha podido dudar si iban a cumplirse sus palabras a Acab: "No habrá lluvia ni rocío".

Con el tiempo supo que sus palabras sí fueron cumplidas; el arroyo se secó porque no había llovido sobre la tierra. Obediente a la palabra de Dios, Elías había sido atendido bien en Querit, los cuervos dejando caer su porción de comida dos veces al día. Sin embargo, ver al arroyo secarse poco a poco ha podido ser preocupante. ¿Los cuervos encontrarían "pan y carne" para darle de comer? Beber del arroyo no dependió de ningún milagro, pero otra cosa sería un suministro continuo de sustento diario.

Es más sorprendente la próxima palabra de Jehová: "Levántate, vete a Sarepta".

3. Yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente, 17.9.

Elías había aprobado la prueba en Querit, y ahora estaba ante otra que tenía algunos detalles más difíciles. ¿Cuáles habrán sido sus pensamientos en el viaje de más de doscientos kilómetros, a lo mejor sediento y hambriento, al terruño de Jezabel?

"Sarepta" quiere decir una refinería. Había hambruna por todos lados, y una viuda la sufriría entre los primeros. Él la vio recogiendo leña a la puerta de la ciudad, y pidió de ella agua potable y un poco de pan. Sin duda ella ya había recibido un mandamiento del Señor a mantener al profeta, y se daría cuenta de que Elías era israelita. Le contó su historia triste, suficiente para desanimar a cualquiera.

Fortalecido por su experiencia en Querit, él dijo: "No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida". La presencia del profeta en su hogar fue una bendición para la mujer, como ha sido el caso muchas veces desde aquel entonces. Le dio la primera comida, y Dios le dio muchas más a ella y a su hijo. No leemos que la tinaja haya sido llenada de harina de una vez, ni la vasija de aceite, pero había suficiente cada vez que hacían falta.

¿Por qué fue enviado Elías a una pobre viuda gentil? ¿Por qué un israelita se encontraba en el hogar de una que era ceremonialmente inmunda? Es evidente que esta mujer sabía algo del Dios verdadero, ya que usó el lenguaje: "Vive Jehová tu Dios", y: "varón de Dios". Una cosa es clara: Elías encontró en aquella tierra pagana un hogar que Dios había santificado. Este incidente le proveyó una ilustración al Señor Jesús cuando predicó en la sinagoga de Nazaret acerca del año agradable del Señor. Dijo en Lucas 4: "Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón".

4. Acercándose Elías a todo el pueblo ..., 18.21.

Elías en el monte Carmelo es una de las escenas sobresalientes de su vida. Su experiencia en Querit y Sarepta lo capacitaría a enfrentar esta crisis. Las condiciones en Israel eran de las más deprimentes, y si él se hubiera fijado en las cosas visibles, a lo mejor se hubiera sentado debajo de un enebro en esta ocasión en vez de más adelante.

Nos anima verlo en Carmelo, oír lo que tenía que decir y considerar lo que hizo. Estaba en control en todo el episodio, y no se echó atrás. No temía a ninguna oposición porque sabía, en las palabras de otro, que si Dios estaba con él, ¿quién en contra? Elías no era ninguna caña cascada, sino más bien la fuerza de Jehová. Se les dio a ochocientos cincuenta profetas paganos la oportunidad de mostrar qué podían hacer. Luego Elías compuso el altar que estaba roto, compuso la leña ordenadamente, puso al buey sobre la madera y llenó de agua la zanja que estaba en torno del altar. Oró: "Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca el pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios".

Entonces el fuego de Jehová cayó y todo fue consumido: el sacrificio, la leña, las piedras, el polvo y aun el agua en la zanja. Elías fue vindicado ante todo el pueblo, y ellos cayeron sobre

sus rostros y clamaron: "¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios!" Aprendemos de esto que nosotros también podemos confiar en el poder de Dios cuando andamos en sus sendas.

5. Se sentó debajo de un enebro ... Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres, 19.4.

"Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras", Santiago 5.17. Así como la mayoría de los hombres, falló en su punto más fuerte: el coraje. Huyó de una mujer cuando lo amenazó. Su oración, "quítame la vida", no fue respondida porque su obra estaba incompleta. Es una coyuntura muy triste en la vida de un hombre cuyo nombre quiere decir la fuerza de Jehová. Es casi inconcebible que un varón que había triunfado en las pruebas de Querit y Sarepta, había resistido al rey y después retado a 850 profetas, ahora tiene miedo ante la rabia de una mujer.

¿Por qué se desanima y se deprime tanto ahora el hombre que hasta este punto había sido constante y firme en la obra del Señor? Quizás fue porque estaba mentalmente exhausto y físicamente gastado, o porque se había desviado de su campo de servicio, o porque pensaba que debía ser superior a sus antepasados. Ha podido ser obra de Satanás, por cuanto el desaliento es la mejor herramienta que él tiene. Sugerimos cuatro razones por esta falta de ánimo: fobia, fracaso, frustración y fatiga.

Elías quería morir, pero Dios había determinado llevarlo sin pasar por la muerte. Así que, encontramos que con dos buenos sueños y dos buenas comidas él estaba en la senda otra vez. Cuando Dios dijo: "¿Qué haces aquí, Elías?" se hizo evidente que estaba donde no debía. No fue el viento, el fuego ni el terremoto, sino el silbo apacible que puso a Elías de nuevo en el camino del servicio.

El hombre que conoce a su Dios puede esforzarse y actuar, Daniel 11.32, y de repente se le va el desánimo. Pero Dios no deja una de estas personas a sus propios recursos, ni le rechaza. Más bien, pone el barro sobre la rueda una vez más, y hace otra vasija como Él quiere, Jeremías 18.4. Dijo Dios a Elías: "Vé, vuélvate por tu camino", y de nuevo lo encontramos ocupado en la obra de Dios.

6. Ellos dos se pararon junto al Jordán, 2 Reyes 2.7

Cuando Elías entra en el escenario, aparece abruptamente. Esta vez, unos quince años más tarde, va al cielo en un torbellino.

En sus años finales Elías contaba con un compañero devoto en la persona de Eliseo, y Dios les había revelado a ambos que iba a quitar a Elías. Tres veces el menor dijo: "Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré", 2 Reyes 2.2, 4 y 6. Nos agrada ver tanta comunión hasta el final entre dos siervos del Señor. Elías siguió adelante hasta cruzar el Jordán a su terruño, porque quería estar allí al ser quitado. Algunos hermanos han expresado el deseo de dejar esta vida predicando el evangelio donde habían servido por años. Otros han pedido ser sepultados en el lugar donde más querían estar sirviendo al Señor. [El autor de este escrito no sabía que él mismo iba a partir a estar con Cristo temprano en el próximo día, habiendo dejado este artículo inconcluso].

Al haber cruzado el Jordán, Elías dijo: "Pida lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti", y Eliseo respondió: "Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí". Fue una aspiración noble. No pidió ni riquezas ni fama, pero sin duda tenía en mente que quería continuar como Elías había hecho. Por cuanto pidió lo que tan sólo Dios podía dar, Elías le dio una señal para poder saber si Dios había concedido lo que quería. Elías dijo: "Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fueres quitado de ti, te será hecho así; si no, no". Y Eliseo sí vio a su mentor ascender; él tomó el manto del profeta que había caído, y prosiguió donde éste había dejado su obra.

7. Les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él, Mateo 17.3.

Esta contemplación de Elías es la más agradable para nosotros. Cayó su manto cuando subió al cielo, allí por la ribera del Jordán, pero ahora sin duda vestía uno más brillante en esta ocasión, porque Lucas relata que él y Moisés estaban rodeados de gloria.

A Elías le es dado acompañar al Señor en el Monte de Transfiguración. Moisés es un tipo de aquellos que son quitados por la muerte, y Elías de los que serán arrebatados sin morir. Hablaban del deceso, la partida, del Señor. Moisés había tenido el honor de ser sepultado por Dios mismo, mientras que Elías tuvo el honor singular de ser trasladado para no ver la muerte.

Pedro estaba en lo cierto al decir: "Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí", pero del todo errado al agregar: "hagamos tres enramadas". Tan pronto que lo dijo, estos dos desaparecieron del escenario. Posiblemente Pedro estaba bien motivado, pero puso al Señor Jesús en el mismo nivel que Moisés y Elías. Ha debido saber mejor.

Naamán, ¿un hombre convertido?

2 Reyes capítulo 5 narra que Naamán dijo: "Conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel", y: "De aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino a Jehová". Sin embargo, hay diferencia de criterio sobre si él buscó a Dios y al judaísmo.

Una profesión de creer y los buenos propósitos no son la fe salvadora. Sin duda Naamán era sincero en lo que dijo, y sin duda estaba convencido de la superioridad de Dios sobre todos los dioses. Su testimonio fue claro y sus intenciones buenas, pero con todo hizo concesiones. Dijo en el v. 18: "En esto perdone Jehová a tu siervo: que cuando mi señor el rey entrare en el templo de Rimón para adorar a él, si yo también me inclinare ..." Al hacerlo, sería culpable del pecado de la idolatría, que en realidad es negar a Dios.

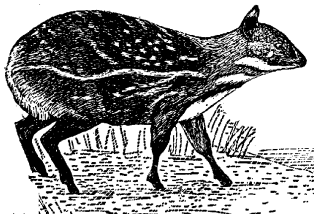
Nunca leemos que Naamán haya confesado a Dios al volver a Siria; quizás no estaba dispuesto a arriesgar su posición al negar adorar al dios de los sirios. Si fue convertido al judaísmo, parece haberlo guardado del rey como un secreto, y siguió dispuesto a acompañarlo en sus prácticas idolátricas.

Más no sabemos; dejamos a Naamán allí.

La sunamita, una gran anfitriona

Esta mujer, cuya historia encontramos en 2 Reyes 4, parece haber sido marcadamente menor que su esposo, quien aparentemente era un agricultor acomodado. Era amistosa y hospitalaria. Eliseo venía regularmente a su pueblo en su circuito desde Carmel para ministrar la Palabra y hacer una obra pastoral. Él era un hombre quien, así como el Señor Jesús, tenía corazón para el individuo. En el capítulo 5 notamos su cuidado por la viuda, y aquí es solícito por su anfitriona bondadosa.

Ahora, un día él pasaba por Sunem donde "había una mujer importante, que le invitaba insistentemente a que comiese", 4.8. Al principio se quedaba para comer, pero esta mujer llegó a proponer a su esposo que hiciesen una cámara donde él podría reposar. Si la idea era de ella, no actuó en independencia de su esposo. Él respetaba sus anhelos y buen juicio, y también quería agradar al Señor. Estuvo de acuerdo con la propuesta a añadir una pieza para el uso del siervo del Señor. De allí la expresión que oímos a veces: "una cámara para los profetas". Desde luego, le favorecía a Eliseo contar con un lugar privado para meditación y oración.



El profeta se familiarizó con el anexo y pidió a su siervo Giezi llamar a la señora. Creo que Eliseo estaba demasiado emocionado, así que mandó al siervo decir: "Has estado solícita por nosotros con todo este esmero; ¿qué quieres que haga por ti?" A veces hoy en día los siervos del Señor son parcos en expresar agradecimiento, pero no así con este caballero.

Quizás Giezi dio el mensaje con cierta condescendencia, y posiblemente por esa razón ella pensaba que él quería decir que ella había tomado esta iniciativa con miras a recibir algo a cambio. Parecía estar ofendida. Lo que había hecho fue un servicio para el Señor y no una manera de beneficiarse a sí. La oferta de una palabra con el rey no le interesaba; ella no quería un acercamiento a Acab y Jezabel. No quería reconocimiento de los militares, ni un cargo para su marido. Con dignidad respondió: "Yo habito en medio de mi pueblo", y se retiró.

Esta mujer se destacaba por su conformidad. Su deseo era glorificar a Dios en el lugar donde Él la había puesto. Aun cuando ella se había retirado del salón, Eliseo quería mostrar su agradecimiento de alguna manera práctica, y parece que estaba pensando en alta voz al decir: "¿Qué, pues, haremos por ella?" Giezi mencionó que no tenía hijo, y sabemos el resultado: más adelante dio a luz, v. 17. Fue un galardón especial de parte de Dios.

Cada vez que Eliseo vino a Sunem él recibió una bienvenida personal de parte de esta mujer importante y de su hijo. Da la impresión que el visitante tenía mucho cariño para el chico. Un día, cuando tenía quizás ocho o nueve años, su madre lo dejó salir a los campos con su padre, para estar con los segadores. Era día caluroso y a lo mejor él se había quitado su cubierta. El caso es que se enfermó repentinamente. "¡Ay, mi cabeza, mi cabeza!" exclamó. Lo llevaron a su madre, pero al mediodía falleció en sus rodillas. Fueron horas de angustia para ella, y es de imaginar que había hecho todo lo posible para salvarlo.

Entonces se acordó que Eliseo le había hablado de Elías y lo que hizo cuando se enfermó y murió el hijo de la viuda de Sarepta. Ha debido saber de esto, porque tomó a su propio hijo y lo puso sobre la cama del varón de Dios en el aposento alto; cerró la puerta y se salió, v. 21.

La mujer mandó a buscar al varón de Dios, pero Eliseo actuó de una vez sin consultar a Dios. Sentía que debía hacer algo, así que le prestó su báculo a Giezi y lo mandó a Sunem. Pero no bastó un sustituto, un báculo muerto. No podemos delegar el poder de Dios a otros.

Sin embargo, el varón de Dios entró, cerró la puerta y oró, v. 33. La oración eficaz del justo trae poder. Ahora es cuando sale a relucir el ejercicio del profeta por el individuo. Entra en juego el ministerio de este hombre, boca sobre boca, ojos sobre ojos, manos sobre manos, torso sobre torso. La oración y el ejercicio personal – el interés en cada cual como una persona y un alma necesitada -- y Dios dio el resultado.

El niño estornudó siete veces, señal de una obra divina. "Toma tu hijo", fue el mensaje humilde, poderoso y completo del varón de Dios para la mujer sobresaliente. La historia termina con un versículo corto, el 37, pero es impactante – tomó a su hijo y salió -- y hace ver cómo un alma ejercitada responde a una obra de Dios. He aquí la humildad, la gratitud y el propósito firme, pero ningún despliegue de la carne.

Dios honra a quienes le honran.